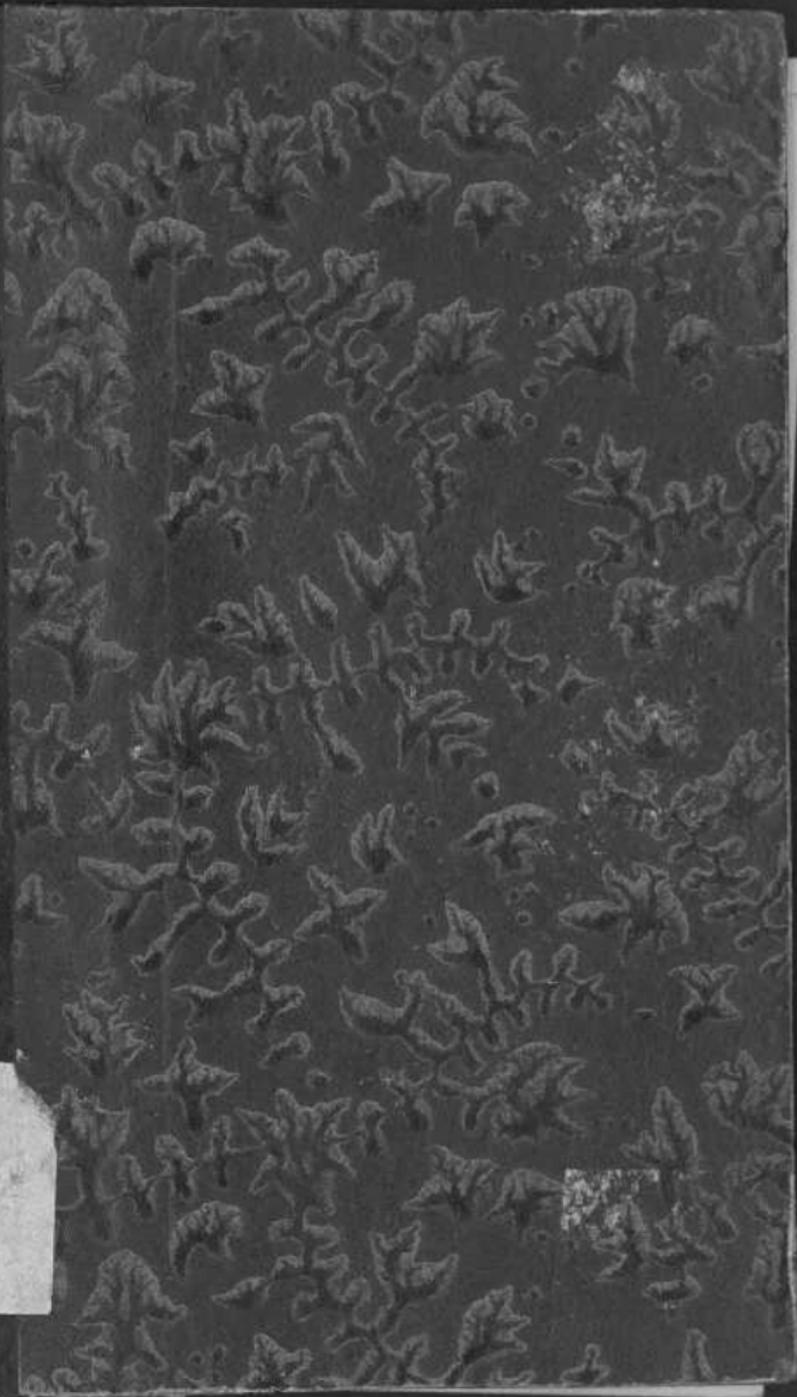


07
102
USA
NO
F
D
S
32
38



4

A.259^a

4894

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO L.

LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULIÉ.)

TOMO CUARTO.

LOS ROMANOS.

(Conclusion.)

LOS CRISTIANOS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1879.



LOS ROMANOS

CONCLUSION

MADRID, 1879.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.^ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

LOS ROMANOS.

(CONCLUSION.)

—

V.

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos en el palacio del Duunviro, y en tanto que los que en él se encontraban aprisionados se consideraban completamente perdidos, un jóven, un niño, Cneyo, intentaba la salvacion de todos.

Dejamos al hijo de Silano en el momento de haber penetrado en aquel palacio, donde procuró ocultarse, desapareciendo á las miradas de todo el mundo. Cneyo no podia prever ni adivinar nada de lo que iba á suceder, y por consiguiente, eso no habia influido poco ni mucho en sus planes. Probablemente un sentimiento de cólerica venganza, que fácilmente se explica despues de la vergonzosa infamia con que se le habia deshonrado, le indujo á ocultarse con siniestras intenciones, y quizás al dia siguiente hubiera sido encontrado Bíbulo en su lecho cosido á puñaladas,

ofreciendo así los sucesos la demostracion sangrienta del tribunal á que tenian necesidad de apelar los ciudadanos atropellados que no estaban protegidos por las leyes.

Cneyo, aprovechándose del tumulto y de la confusion que reinaba en el palacio de Bíbulo, se habia retirado á uno de los sitios más solitarios y apartados del edificio, y así fué como, con gran sorpresa suya, en medio de una profunda oscuridad, vió abrirse en el muro una puerta secreta que comunicaba con el exterior y penetrar por ella una mujer que conducia y guiaba á un hombre, llamando la atencion del jóven las precauciones y misterios de aquel incidente.

—Es esta la casa de tu hermosa dueña?—dijo aquel hombre.

—Esta es;—respondió la esclava que le guiaba—pero guarda silencio y conserva bien en la memoria el camino por donde yo te conduzca; porque es necesario que vuelvas para salir por aquí mismo, despues que hayas sido el más afortunado de los hombres.

Al escuchar Cneyo la advertencia que Psychea le hacía al gladiador, resolvió aceptarla en su propio provecho y siguió los pasos de Asclytio, á quien precedia la esclava. Quizás hubiera sido descubierto Cne-

yo por el ruido de sus pasos si Asclytio hubiera guardado silencio como le habia prevenido su cómplice; pero en vez de hacerlo así continuó interrogándola en esta forma:

—No puedes todavía decirme quién es la bella dama que ha de hacerme el más afortunado de los hombres?

—Es inútil que lo sepas hoy, ni mañana, ni nunca. Yo supongo que tú debes estar muy acostumbrado á esta clase de aventuras y que no tengo necesidad de advertirte que si alguna vez volvieras á ver á mi dueña en una lujosa litera, has de tener la prudencia de no reconocerla, y que, áun en el caso de que te dejes dominar por la contemplacion de su hermosura, esto debes hacerlo como un hombre que la viera por primera vez.

—Si yo te hago estas preguntas es porque desde que puse los piés en esta ciudad he oido celebrar la belleza de muchas damas, y muy especialmente la de una llamada Silia, que no se priva de ninguna clase de placeres.

Cneyo se estremeció al oir aquellas frases, y su mano fué maquinalmente á buscar el puñal que llevaba en el cinto; pero se contuvo y continuó escuchando, á pesar suyo, la conversacion del gladiador y de la esclava.

— Y por qué has de preferir tú los favores de Silia á los de otra cualquiera dama?—preguntóle Psichea.

—Porque dicen que el Duunviro está perdidamente enamorado de esa mujer, y yo consideraria halagada mi vanidad siendo el rival de un personaje tan poderoso.

Psichea dejó escapar una ligera sonrisa y contestó maliciosamente:

—Pues ¿quién sabe si lograrás esa dicha ántes de lo que tú esperes?

Asclytio no pudo comprender el verdadero sentido de la respuesta de Psichea, y replicó vivamente:

—¿Será posible? ¿Estamos en la casa de Silia?

Psichea consideró conveniente dejarle en aquella incertidumbre, y replicó:

—No puedo decirte otra cosa más, sino que los dioses te protegen para el cumplimiento de tus deseos.

En aquel momento llegaron á la puerta secreta de la cámara de Fortunata, y Asclytio y la esclava penetraron por ella.

La sencillez é inocencia del jóven Cneyo se habian sublevado contra la depravacion de costumbres que acusaban en la dueña de aquel palacio las palabras de su esclava; pero su indignacion cedió á su dolor al escuchar envilecido el nombre de su madre y rebajada ésta al infame nivel

de aquella otra dama. En el concepto de Cneyo su madre estaba ciertamente inocente de la prostitucion que presenciaba; pero no podia dudar, porque lo habia oido, que se la juzgaba capaz de ella; y el hijo consideraba esa opinion de sospecha tan perjudicial á su honra y á la de Silia, como el mismo vicio que la originára. Este sentimiento le hizo permanecer en aquel sitio, aplicando cautelosamente el oido á la puerta por donde habian entrado Asclytio y Psichea, y allí procuraba contener la respiracion para poder escuchar cuanto se hablase en el interior de aquella estancia, hasta que una horrible sospecha vino á herir el corazon del jóven. Cneyo sabia que se encontraba en el palacio de Bibulo; pero sabia tambien que Silia estaba precisamente allí en aquellos momentos, no era tan ignorante de la corrupcion de las costumbres que no conociese las complacencias y complicidades que se dispensaban las damas unas á otras en aquella época, y se estremecia de horror ante la idea de que fuese quizás su misma madre la que iba á presentarse en la alcoba de Fortunata. Ademas Cneyo experimentaba los tormentos de una ansiedad y de una incertidumbre aun más cruel; porque no pudiendo penetrar su vista en el interior de aquel departamento y no

conociendo ni la voz de Fortunata ni la de Silia, ninguna seguridad podia tener, en efecto, de que no fuese su madre la que hubiera de acudir á la tal cita.

La pesadumbre de aquellos horribles pensamientos oprimió de tal manera el corazon del pobre jóven, que casi estaba á punto de sucumbir á su dolor, cuando llegó á sus oidos distintamente el ruido de los preparativos de una merienda, y escuchó perfectamente á Psichea recomendar á Asclytio que hiciese los honores á aquellas viandas y manjares, en tanto que su dueña tenía ocasion oportuna y justificada de abandonar la sala de un festin, donde la obligaba á detenerse la presencia de muchos convidados.

A veces las palabras de Psichea tenian para Cneyo una explicacion y á veces otro sentido, hasta que por último la llegada de Fortunata puso término terrible á su ansiedad y á sus incertidumbres. Aquella mujer, sabedora por Psichea del engaño ó falsa creencia de Asclytio, habia calculado que esta circunstancia podria aprovecharla, no sólo para comprometer á una rival odiosa, sino para garantir su propia seguridad. Así, pues, desde las primeras palabras que pronunció Fortunata, para contestar á los exagerados cumplimientos y obligados requiebros del gladiador, pro-

curó dar á entender que se encontraba en una casa extraña y que tenía que estar agradecida á los favores y á la amistad de la dueña de aquel palacio, por el placer que le proporcionaba protegiendo su entrevista con el hermoso Asclytio.

—¿Por qué secreta entrada te han conducido hasta aquí, sin ser visto de nadie? ¡Oh! quién tuviera una morada como esta para poder gozar con más facilidad los inefables placeres del amor!

Cneyo quedó petrificado al escuchar aquellas palabras, con la amorosa respuesta que recibieron y con el significativo silencio que reinó despues. En el primer momento, dominado por la cólera, quiso hacer pedazos aquella puerta para castigar tan abominable corrupcion; pero se contuvo ante la horrible idea de sorprender á su propia madre en los brazos de un gladiador. Sofocado por la vergüenza, oprimido el corazon por el dolor, ahogado por amargas lágrimas y herido en los más delicados sentimientos del honor y del cariño filial, cayó al fin desvanecido y casi sin conocimiento sobre el dintel de aquella puerta, olvidando su propia afrenta para pensar en su deshonra, y permaneciendo allí anonadado y abatido sin el deseo de escuchar nada más y sin el valor necesario para huir.

Cneyo no pudo darse cuenta del tiempo que habia permanecido en aquel estado, y cuando recobró sus sentidos pudo escuchar las mismas voces que habian hablado ántes, aunque ya entónces la conversacion tenia otro carácter y expresion. Asclytio hablaba en voz alta, no obstante las advertencias y recomendaciones de la mujer que estaba en su compañía; y sus palabras entrecortadas y apénas inteligibles demostraban muy claramente que aquel hombre se hallaba en un estado de completa embriaguez.

— Sí, hermosa Silia — gritaba — yo te libentaré esta misma noche de ese insoporable Duunviro; y puesto que tú le odias, segun dices, ésta será una doble razon para que yo le mate.

El temblor de la voz que contestaba á esas frases manifestaba una emocion bien distinta de la que ántes agitaba á aquella misma mujer, y se comprendia que la que interrogaba tenia un grandísimo interes en las revelaciones del gladiador. Aun el mismo Cneyo, al oír hablar de la muerte del Duunviro, prestó una gran atencion; y así descubrió y llegó á saber, al mismo tiempo que Fortunata, la conspiracion que se fraguaba y cómo los gladiadores debian asaltar aquella noche el palacio de Bíbulo, y asesinar á éste y á todos los magistrados

y magnates que encontrasen en él. Cneyo quedó admirado al sorprender aquella confianza que se escapaba de la borrachera de Asclytio, á quien las caricias de Fortunata procuraban seducir para obtener todos los pormenores del complot, como lo hubiera conseguido, si en aquel momento no se hubiera presentado el esclavo que, segun pudo escuchar Cneyo, venía á prevenir á Fortunata de la llegada de su esposo.

Aunque todavía Cneyo no oyó pronunciar ningun nombre, este aviso, sin embargo, fué muy suficiente para hacerle comprender que no era su madre la envilecida mujer que se habia dado á un miserable gladiador, porque Silia no tenía allí esposo que la persiguiera ni á quien temer. Así, pues, queriendo el jóven empezar á vengarse de aquella mujer infame que habia tenido la osadía de usurpar el nombre de su madre para deshonorarlo, sujetó el pestillo de la puerta y opuso todas sus fuerzas para impedir que Asclytio pudiera abrirla, cuando éste se afanaba en vano para escapar por ella.

Persuadido Cneyo de que miéntras durase el desórden que iba á producirse en el palacio, no habia un sitio más seguro que el que él ocupaba, resolvió permanecer allí para conocer el resultado de aque-

lla extraordinaria aventura, y así fué como pudo escuchar con asombro el sesgo que la audacia de Fortunata supo dar á su entrevista con Asclytio; se enteró de la llegada de Vindex y de las órdenes de que era portador, y oyó la del arresto de Silia y luego la del de Fausto, Asclytio y Vindex. El jóven permaneció al lado de la puerta hasta el momento en que éstos quedaron solos, esperando poderles proporcionar la evasión por aquella salida; pero en el instante de ir á abrir la puerta oyó el ruido de unos pasos por el corredor secreto que á ella conducía, y supuso que la misma Fortunata, ó su esposo Bíbulo, era quien se acercaba para guardarla como todas las demas. Ya era imposible que escapasen por allí, y no queriendo dejarse sorprender en el sitio que ocupaba, marchó resueltamente en la misma direccion que traian los que se le aproximaban, y merced á la profunda oscuridad, se tendió á lo largo del muro y dejó pasar á Fortunata (porque era ella misma) y á los esclavos que la acompañaban. Cneyo no quiso esperar el regreso de la mujer de Bíbulo, y cuando ésta se hubo alejado, incorporóse, siguió el camino por donde habia sido introducido Asclytio, y abandonó el palacio del Duunviro.

Desde el momento que se vió al aire li-

bre empezó á calcular de qué medios podría valerse para salvar los peligros que amenazaban á él, á su familia y á aquellos á quienes debía considerar como sus amigos. Al pronto pensó dirigirse á los gladiadores; pero reflexionó que aquellos hombres, que no le conocían, se negarían probablemente á seguirle, y que aunque en ello consintieran, el auxilio de esta gente, por más que fuera suficiente para lograrlo todo por medio de una sorpresa, sería inútil é ineficaz en aquellas circunstancias; porque avisado y prevenido el Duunviro, estaría seguramente preparado para defender y rechazar todo ataque que se intentase contra su palacio.

En aquel caso no quedaba á Cneyo otro recurso que dirigirse á los soldados de Fausto y hacerles un llamamiento, excitándoles para que acudiesen á libertar al tribuno; pero ¿qué influencia podría tener él, jóven desconocido, sobre una legion acostumbrada ya á la obediencia de un jefe, ya á la de otro, sin demostrar el menor sentimiento por el frecuente cambio de sus superiores?

Por otra parte, pensaba Cneyo que Fausto tendría en la ciudad verdaderos y leales amigos, que sin duda hubieran intentado cualquiera empresa para salvarle;

pero ¿quiénes eran esos amigos y dónde encontrarles?

Con todo su pensamiento puesto en estas ideas se dirigió velozmente Cneyo á la morada de Fausto para reunirse con su hermana Chrysis, y para consultar con el jefe de los esclavos del tribuno, ó con cualquiera otra persona que le ayudase en la salvacion de los prisioneros.

Una desgracia más terrible aún que las que pesaban sobre el jóven le aguardaba en casa de Fausto, al saber que no se encontraba en ella su querida hermana. El conserje ó mayordomo le refirió que próximamente una hora despues de su salida con Eumolpe habia éste vuelto y se habia llevado á la jóven. Cneyo preguntó entonces si sabian á donde podria haberla conducido el poeta, y el esclavo no supo decirle otra cosa más, sino que habia oido á Eumolpe decir á Chrysis:

— Daos prisa y venid conmigo, que vuestra madre os espera.

Que Eumolpe hubiera podido avistarse con Silia, y que ésta, sabiendo que sus hijos se encontraban en Nemausus, manifestase deseos de que inmediatamente se los condujesen á su presencia, no era una cosa extraña ni imposible; pero Cneyo acababa de salir del palacio de Bibulo, donde

quedaba Silia, y donde ésta, al parecer, había tenido la primera noticia de la muerte de su esposo y de la huida de sus hijos. Un amargo presentimiento oprimió el corazón del jóven, que no podía explicarse aquel raro incidente sino como una nueva y horrible desgracia.

Dominado por el terror, ante la idea de los peligros que cercaban á su hermana, puesta en las manos de un hombre como Eumolpe, no quiso detenerse un momento, y sólo tuvo tiempo de decir al esclavo que su señor había sido arrestado por mandato del Duunviro, que se encontraba aprisionado en el palacio de Bíbulo, y que consideraba seriamente amenazada la vida de Fausto. En vano intentó el esclavo obtener de Cneyo más detalles ni explicaciones: el jóven no hizo caso de sus gritos, y voló en busca de la casa de su madre, para ver si en efecto se encontraba en ella su hermana.

La noche era oscura por todo extremo, y si Cneyo pudo fácilmente reconocer el camino desde el palacio del Duunviro á la casa de Fausto, porque ántes había ido desde ésta á aquél, no le sucedió de igual suerte cuando quiso recordar el de la morada de Silia. Corria desesperado como un insensato por las tenebrosas y desiertas calles de la ciudad, buscando en vano por todas partes aquella puerta maternal de

donde habia sido rechazado, y que no podia encontrar. Por último, rendido de cansancio y de fatiga, se dejó caer sobre un banco de piedra que habia próximo á un portal, y procuró reponerse y recobrar fuerzas, para coordinar sus ideas y tomar una determinacion.

En aquel momento de descanso pudo reflexionar con cuánta imprevision y ligereza se habia conducido. Era indudable que si hubiera pedido un guía al esclavo de Fausto, aquel mismo le hubiera servido ó le hubiera proporcionado otro que le acompañase. Parecia, pues, lo más prudente volver á la casa de Fausto; pero despues de haberse alejado de ella le era tan difícil volver como dar con la casa de Silia. El desaliento parecia que iba á apoderarse de Cneyo; pero el jóven tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no abandonarse á su desesperacion y para pensar lo que debia hacer en aquellas circunstancias. Si hubiera encontrado alguna persona le hubiera preguntado por dónde podia ir á la casa de Silia; pero ya era una hora en que no transitaba nadie por las calles. Tambien, si tan siquiera hubiese visto abierta una sola puerta de una casa cualquiera, es seguro que hubiera podido impetrar el auxilio de algun ciudadano; pero todas las puertas estaban cerradas, y por

todas partes reinaba el más profundo silencio. Sin embargo, sin desechar este último pensamiento, como el único recurso que le quedaba, se puso á caminar con paso lento y silencioso, aplicando el oido en todas las puertas, por si escuchaba en alguna el menor rumor ó ruido interior que le permitiese llamar en ella y solicitar los informes que necesitaba. Ya habia recorrido una gran parte de la calle donde se encontraba, cuando llegaron á sus oidos las voces y la algazara de una lejana y alegre reunion. Cneyo corrió en direccion de aquel estrépito, que tan pronto aumentaba y crecia con violencia, como se perdía en el espacio, cual eco de un sordo y confuso rumor. Por último, despues de mil detenciones indagadoras, llegó ante la puerta de la casa en que se le habia figurado oír varios gritos mezclados con risas desordenadas y escandalosas; pero á su llegada todo habia quedado en el más profundo silencio, y no pudo percibir más que los misteriosos pasos de algunas personas, que parecian ir y venir con sigilo y extrañas precauciones. Esto era ya lo bastante para que Cneyo se decidiese á llamar en aquella puerta.

Al ruido de los golpes que dió en ella cesó como por encanto el que ántes se ha-

bia percibido desde fuera; pero Cneyo volvió á golpear con más insistencia, y creyó escuchar el sordo rumor de algunas voces que se concertaban por lo bajo. Por último, uno de los que estaban dentro se aproximó á la puerta, y preguntó que quién era el que así llamaba: La voz que hacía aquella pregunta no fué desconocida para Cneyo, y ántes que éste reconcentrase su memoria para reconocer al que habia pronunciado aquellas palabras, oyóse otra voz que partia como del atrio gritando:

—Sea quien fuere, no abras la puerta, Eumolpe.

—¡Eumolpe! —gritó á su vez Cneyo al escuchar este nombre.—¡Eumolpe, infame raptor, abre, abre sin demora! ¿Qué has hecho de mi hermana, miserable?

Y Cneyo, sin esperar la respuesta, se puso á dar golpes en la puerta con rabioso é inútil furor, puesto que nadie contestaba á sus gritos é imprecaciones. Cansado de golpear con las manos, habia cogido una piedra, y daba tremendos porrazos en la puerta, á cuyo escándalo despertaron todos los vecinos de la calle, que sucesivamente fueron asomando por las ventanas, con lámparas en las manos, para ver lo que ocurría. Cneyo iba ya á impetrar el socorro y la cooperacion de aquellas

buenas gentes, cuando un ciudadano que habia salido fuera de su casa, enarbolando un grueso palo, exclamó:

—¿Aun no es bastante que esta Panny-chis, esta infame cortesana, nos impida el sueño con el escándalo de sus orgías, sino que todavía algun amante rechazado ó burlado ha de venir á turbar nuestro sosiego poniéndose á golpear en su puerta como un desenfrenado? Ayudadme, ciudadanos, y procuremos reprimir y aleccionar á otros con el ejemplar castigo que impongamos á éste.

El que así habia hablado se disponia á ejecutar sus amenazas; pero se sobrecogió de espanto al ver que Cneyo se precipitó sobre él con toda la violencia de su furor, exclamando:

—¿Qué has dicho? ¿Quien vive en esta casa es una cortesana?

Y sin querer oir respuesta alguna, arrancó el palo de las manos de aquel hombre, y se puso á golpear de nuevo en la puerta con frenética rabia.

— ¡Chrysis! — exclamaba. — ¡Chrysis, hermana mia, mi querida hermana! ¡Chrysis! ¡Chrysis!

La repeticion de aquellas sentidas exclamaciones dieron pronto á conocer al vecindario la causa de la desesperacion del jóven.

—Es que viene buscando á una hermana suya — decia uno.

—¡Bah! será sin duda una jóven extrañada que se ha fugado de la casa paterna —añadia una vendedora de telas, bastante fea, de quien nadie habia solicitado que dejára de ser virtuosa.

—Tambien puede ser que sea una doncella inocente y pura, seducida y arrastrada á ese lugar por los infames libertinos que frecuentan la casa de Pannychis — decia algun otro.

Cneyo no prestaba atencion á ninguno de aquellos pareceres, ni veia, ni oia, ni entendia. Continuaba sin cesar dando golpes en la puerta con creciente furor, y cuando hubo roto en mil pedazos el baston ó palo que tenia en las manos, se destruía éstas contra aquellas impenetrables maderas, que le cerraban el paso. Poco á poco se vió rodeado de un número considerable de personas, que, interesándose por los lamentos del jóven, se preparaban á prestarle sus auxilios para proteger su entrada en la casa. Algunos fueron á buscar un pesado madero, y ya habian empezado á servirse de él como ariete, profiriendo las más terribles amenazas contra Pannychis y contra todos los que se encontraban dentro de la casa, cuando se detuvieron al oír la voz imperiosa de un

recien venido, que con tono de autoridad se informó de lo que allí ocurría. Aquel nuevo personaje era un decurion de la guardia del Dunnviro, que llegaba seguido de varios soldados. Uno de los ciudadanos allí presentes le explicó que se trataba de un jóven que reclamaba á su hermana, la cual se encontraba dentro de la casa de Pannychis, y reclamó de aquel funcionario que interpusiese su autoridad para hacer abrir la puerta de dicha casa.

— Yo no tengo ese derecho — respondió el decurion; — pero aquí teneis un lictor, en quien el Dunnviro ha delegado el poder y la facultad de hacer abrir y registrar várias casas de la ciudad, para practicar ciertas diligencias: podeis pedirle protección.

— Quien quiera que seas — gritó Cneyo — en nombre de la justicia y de la humanidad, yo te imploro que hagas abrir esta puerta, y que se me devuelva la hermana querida que un infame ha secuestrado.

— No puedo detenerme ni perder el tiempo — respondió el lictor — para ocuparme de una jóven prostituida, que sin duda habrá venido aquí por su voluntad.

— ¡Lictor! — gritó Cneyo en el colmo de la desesperacion — la jóven que se encuentra dentro de esa casa, no ha venido á ella por su voluntad, ni es una jóven prostituí-

da: es una noble patricia, es la hija de Silano de Roma, la hija de Silia.

— ¡La hija de Silia! — exclamó el lictor deteniendo á los soldados, que ya se alejaban. — ¡La hija de Silia! Si dices la verdad me habrás ahorrado la mitad del camino, porque precisamente tengo la orden de prenderla en casa de su madre, así como á su hermano Cneyo; y si yo no te he entendido mal, tú eres ese Cneyo á quien busco. Soldados, prended á este jóven, y derribad esa puerta si no se abre inmediatamente.

Cneyo fué detenido en el acto, y habiendo reclamado el lictor, en nombre del César, la entrada en la casa, franqueóse al punto la puerta de ella. Cneyo quiso penetrar con el lictor; pero éste ordenó á los soldados que le sujetasen, y entró solo en la morada de Pannychis. El tiempo que aquel delegado de la autoridad permaneció dentro pareció un siglo al desventurado Cneyo, que á cada momento se le figuraba ver salir á su amada hermana, y esta esperanza le hacía tener resignacion en medio de todas las angustias y amarguras que experimentaba. Por último, la vió salir de aquella odiosa morada, pero no como él lo esperaba, ó más bien como él lo sospechaba y se lo temia; porque Chrysis no salia, ni con el noble pudor de la ino-

cencia en la frente, ni con el rubor de la infamia en el rostro, sino tendida sobre una camilla, que conducian dos soldados, inmóvil, con los ojos cerrados y cubriendo su fisonomía la palidez de la muerte.

— ¡Muerta! — gritó Cneyo arrojándose sobre le camilla. — ¡Muerta!

— Está solamente desmayada; — dijo el lictor.

— ¿Y á dónde vais á conducirla así?

— Al palacio del Dunnviro, á donde tú tambien vas á seguirnos.

— Ciudadanos — exclamó Cneyo — esta vírgen va á ser destinada á las execrables orgías del infame Neron: ¿será posible que la abandoneis sin librarla de semejante libertinaje? ¡En nombre del santo pudor, en nombre de vuestras hijas y de vuestras hermanas, prestadme vuestros socorros para defenderla!

Todavía no habia concluido de pronunciar aquellas frases, y ya la muchedumbre allí reunida se alejaba por diferentes caminos. El nombre de Neron habia sembrado el terror entre aquellas gentes, y Cneyo los vió á todos huir, evitando cada cual el ser reconocido. El noble jóven se llenó de indignacion ante tal cobardía, y todavía experimentó el amargo dolor de oír una voz que irónicamente decia cerca de él:

— Pues si vienen á buscar vírgenes para

Neron en la casa de Pannychis la cortesana, nosotros tambien tendrémos que ir á escoger nuestras vestales al templo de la afortunada diosa.

La comitiva se puso en marcha con direccion al palacio de Bíbulo, y á medida que se iban aproximando reflexionaba más y más Cneyo en la necesidad de su salvacion y de su venganza. A pesar de su in-experiencia y de su juventud, Cneyo, en-vejecido por el infortunio, ó inspirado por la gravedad misma de las circunstancias, concibió un proyecto atrevidísimo, que tuvo la osadía de ponerlo en ejecucion, porque lo crítico de su situacion no le dió tiempo á considerarlo de imposible éxito.

Pero ántes de ir más adelante en el relato de los sucesos, es necesario referir de la manera que Chrysis fué conducida á casa de la próstituta Pannychis.

VI.

Ya queda dicho que al salir del circo habian sido seguidos los pasos de Eumolpe, de Cneyo y de Chrysis por Gnaton; pero éste, que no habia tenido bastante osadía para abordar al poeta en la calle, no pudo llevar otra noticia á Pannychis sino la de que aquella jóven cuya virginal belleza

habia encendido sus celos, se hallaba en la casa de Fausto. Esta nueva la hizo montar en cólera, y Pannychis ordenó á Gnaton que volviese inmediatamente á casa de Fausto, que procurase ver á Eumolpe y que obtuviese de éste por medio de amenazas, y si preciso fuese por la fuerza, los detalles que deseaba conocer. Gnaton no tuvo más remedio que obedecer, y al dirigirse nuevamente hácia la casa de Fausto, encontró á Eumolpe cuando éste se alejaba del palacio del Duunviro.

Inútil será hacer el relato de las amenazas y de las artes que empleó Gnaton para arrancar del poeta la revelacion del secreto de Cneyo y Chrysis. Hay ciertos hombres que están siempre á merced de los antecedentes de su vida, y Gnaton conocia más que de sobra los de Eumolpe para poderle obligar á todo.

En el momento de regresar Gnaton al lado de Pannychis con los nombres y demas noticias referentes á los hijos de Silano, tenía lugar en casa de la cortesana una de esas escenas comunes á todas las épocas de corrupcion que registra la historia de los pueblos, y que bien pudiera adaptarse á una escena de actualidad, disfrazando los personajes con nombres de romanos, si no estuviese ya más que averiguado que los vicios no son otra cosa si-

no una herencia que los siglos reciben de los otros siglos precedentes y cuya herencia explotan siempre todas las edades de la misma manera.

— Te repito, Pannychis, que esta noche has de darnos de cenar á mí y á cuatro amigos míos.

El que así hablaba era un jóven que aún no hacía dos años que vestía la toga pretexta.

— No puede ser—le respondía la cortesana;—estoy fatigada, y además enferma.

— ¡Por los dioses, que mientes! Ninguna dolencia revela tu aspecto, y yo no te permitiré que me hables de cansancio hasta mañana por la mañana. A no ser que eso sea una excusa para ocultarme que algún otro me haya precedido: en este caso, yo te prometo darte más dinero del que se te haya ofrecido.

— Ya sé que eres por todo extremo generoso y espléndido en promesas, Metelo; pero tengo mi bolsa tan repleta de las que siempre me haces, que ya no tengo donde guardar tantas riquezas.

— ¿Quieres decir con eso que no concedes crédito á mis palabras, hermosa hija de Vénus? Pues bien, tú serás pagada por tí y por tu festin hoy mismo, y, si lo exiges, anticipadamente.

— Eso sería en tí una rareza tan des-

usada y extraordinaria, que yo no me permitiría creerlo sino cuando lo viera.

—Pues bien, mira.

Metelo sacó una bolsa de su seno, y la arrojó sobre la mesa. Pannychis, de una sola mirada, contó las monedas de oro que contenía, y la concupiscencia y la sed de poseer aquella suma dominaron por un momento la tristeza que revelaban sus ojos; pero sin duda se hallaba demasiado poseída por este último sentimiento, porque en el acto apartó la vista, y respondió:

—Ya te he dicho que es imposible: no puedo recibirte esta noche.

—Entonces no me queda duda de que algún otro se me ha anticipado, y yo necesito conocer quién es ese otro—exclamó Metelo recogiendo su bolsa.—Yo quiero saber ante quien debo retirarme, y te juro por mi nombre que, si no me lo dices, volveré esta noche con mis amigos, y echaremos de aquí á palos á los insolentes que tengan la osadía de querer disfrutar los goces que yo deseo.

—Poco temor me infunden tus amenazas, Metelo; aunque sé muy bien que eres bastante capaz de ponerlas por obra. Pero si te crees al abrigo de la persecucion de la justicia de los magistrados, fiando en la proteccion que te ha de dispensar la

esposa del Duunviro por las complacencias que tu madre tiene con ella, favoreciendo en su casa las citas amorosas de aquella dama, no debes ignorar que yo me basto sola para defenderme, y no habrás olvidado que en otra ocasion te costó bien caro, por haber querido turbar el honesto sosiego de esta casa.

— ¡Oh! sí; bien lo sé, y no lo he olvidado. Eso fué cuando eras la amada de Fausto. Él era quien estaba aquí contigo, no lo he olvidado, y él fué quien llevó su atrevimiento y su imprudencia hasta el extremo de hacerme apalear, diciendo que así era como debia corregirse á los escolares que alborotaban. ¡Oh! no; no he olvidado aquella injuria, y de ella he de vengarme.

— ¡Tú! — replicó Pannychis con el mayor desprecio.

— Sí, yo, y el ultraje que he de inferirle será mucho más cruel que el que yo recibí. ¡Por Júpiter, que desearia que esta noche fuese él quien se encontrase aquí! Entónces veriamos quién cedia esta vez el puesto, si él ó yo.

— Bien se conoce que te pones tan fiero porque tienes la seguridad de que él no ha de venir. Si á tanto te lleva tu valor, ¿por qué no le arrojas fuera de la casa de Silia?

—¡Vamos, vamos!—exclamó súbitamente Metelo, encogiéndose de hombros. — Ya veo cuál es la causa que me priva de mis proyectos : estás enamorada , estás triste y te niegas á otros amantes. ¿Cómo no te avergüenzas de ello , hija de la voluptuosidad? Casi puede uno estar seguro, cuando viene á tu casa , que á las dos palabras hablarás de Fausto , y á las tres de Silia. Esta mujer es indudablemente tu más cruel y encarnizada enemiga , porque te hace enflaquecer y desmejorarte á fuerza de lo que te hace llorar.

—A mi vez, yo espero verla también llorar muy pronto , y no poco. ¿No has reparado en una hermosa jóven , con la cual se presentó Fausto en el circo?

—Sí, ciertamente.

—Pues bien, esa jóven es sin duda una nueva conquista, que le hará abandonar á Silia , como á mí me abandonó por ella.

— ¡ Por los dioses ! ya encontré mi venganza : es necesario que yo le arrebate esa jóven.

—¿Y cómo podrás conseguirlo, niño? Tú no la conoces, y si hemos de descubrir por las cándidas miradas de una jóven cuáles puedan ser sus sentimientos, yo te aseguro que esa niña ama á Fausto, porque no ha quitado la vista del sitio donde el infiel estaba sentado.

— Quizás sea también una pasión de cuerpo presente, y quién sabe si dejando de verle, deje de amarle.

— ¿Que quieres decir? ¿Te atreverías á intentar un rapto por la violencia?

— Por la violencia ó por el engaño, según lo aconsejasen la ocasión ó la necesidad.

A este punto habia llegado la conversacion, cuando Gnaton regresaba para transmitir á Pannychis los antecedentes que le habia comunicado Eumolpe. En el momento que la cortesana supo la vuelta de Gnaton, salió de la habitacion donde estaba Metelo, y se reunió con el cómplice de sus seducciones en un departamento retirado. Allí supo entonces que Chrysis era hija de Silia, que su madre habia querido fingir que ignoraba la presencia de su hija en Nemausus, y que Fausto ignoraba también completamente quiénes eran sus huéspedes.

La conversacion que Pannychis acababa de tener con Metelo y la revelacion que se le hacía le inspiraron en el acto un proyecto, sin dar lugar á la reflexion, para pensar sólo en sus consecuencias; consecuencias ante las cuales quizás hubiera retrocedido llena de espanto si hubiera podido preverlas.

— Gnaton; — dijo Pannychis sin dete-

nerse—es preciso que Eumolpe conduzca aquí á la hija de Silia : yo quiero tenerla.

—¿ Estás loca , Pannychis ?

—No estoy loca y quiero que Chrysis sea conducida aquí.

— ¡ Eso es imposible ! ¿ Qué pretexto puedo yo dar á Eumolpe y con qué interes se decidirá él á arrostrar la cólera de Silia, por ser el causante de la deshounra de su hija ?

— ¡ La deshounra de su hija ! ¿ Y qué podrá ella ver aquí que no vea en la casa de su madre ? Aquí no encontrará á Fausto ciertamente , puesto que Silia me lo ha tomado ; pero en cambio encontrará otros jóvenes patricios que valen tanto como aquél.

— Te repito que Eumolpe no accederá á nada de eso ; porque , ademas de lo que te he dicho , me ha confiado que tenía resuelto huir esta misma noche de Nemausus á causa de una mala pasada que ha jugado á Cneyo , y teme una feroz venganza que la cólera de éste no le perdonará jamas.

— Y entónces , ¿ qué le importa ? Lo mismo dan ocho que ochenta.

— Creo que , en efecto , le importa esto muy poco , y precisamente por eso es por lo que no hará nada contra la hermana , puesto que no tiene que librarse aquí de veinticinco palos , como tuvo que librarse en casa de Bibulo.

—¿Y si este negocio le proporcionase una ganancia de quinientos sextercios?

—Ya eso sería otra cosa; pero como gracias á tu loca pasion nos vemos en la miseria más espantosa; como todo el dinero que recibiste ayer ha sido entregado á nuestros acreedores, para evitar que fuésemos echados de esta casa, no sé cómo ni con qué quieres interesar á Eumolpe en la realizacion de tus proyectos.

—¿No es más que eso?—exclamó Pannychis con una sonrisa de vanidad.—Ahora mismo vas á tener el dinero necesario.

Pannychis se dirigió á la habitacion donde se encontraba Metelo y penetró en ella diciendo:

—Cuenta por seguro que te daré de cenar esta noche, así como á tus amigos.

—Así me gusta, y en fe de lo prometido, allá va mi bolsa; pero sé amable y condescendiente, invitando alguna otra jóven que venga á participar de nuestra borrachera.

—Por Vénus—contestó Pannychis—que procuraré presentarte una que sería digna de los homenajes del mismo Páris.

—¿Será acaso alguna Elena cuyo Menelao me sea conocido?

—No: con diferencia de una sola letra es una Chrysea que podrás arrebatár á su

Aquiles, si te atreves á representar el papel de Agamenon.

—Yo no puedo rehusar el papel del rey de los reyes : esta tarde , por consiguiente, representaremos la *Iliada*. Hasta dentro de dos horas.

*
**

Como anteriormente se ha explicado lo que era en aquella época la raza abyecta de los griegos, que caminaban como bohemios de ciudad en ciudad explotando el libertinaje, la traicion, el espionaje, la delacion, el engaño, la superchería y la calumnia, no causará mucha extrañeza el ver con qué facilidad cedió Eumolpe á las pretensiones y al dinero de Pannychis, para venderla la hija de Silia.

Los cálculos del poeta eran bien fáciles de comprender. Como consecuencia de su conducta, sustituyendo su billete de los azotes por el billete de Cneyo, no tenía que esperar otra cosa sino el rencor de Silia y la venganza de Cneyo : era preciso, por tanto, huir. La bolsa que habia recibido de Silia le proporcionaba recursos más que suficientes para abandonar á Nemausus y refugiarse en cualquiera otra poblacion ; pero aceptando el dinero de Pannychis se encontraba más rico de lo que jamas lo habia sido. Eumolpe, pues, no vaciló y se decidió á ganarlo.

Tomando falsamente el nombre de su madre, hizo salir á Chrysis de la casa de Fausto y la condujo al infame lugar donde su presencia fué casualmente descubierta por su hermano Cneyo.

El hijo de Silano ignoraba todo lo que habia sucedido en aquella casa de prostitucion, y no sabia con exactitud hasta qué extremo habian podido llegar los ultrajes y bestiales atropellos que su jóven hermana habia allí sufrido. Tenía la esperanza de que precisamente por haber perdido el conocimiento se hubiera librado de ciertos atentados brutales conservando su virginidad; pero áun asi experimentaba una sed ardiente de venganza, y la duda no era un aguijon ménos acerado que la misma evidencia. Así fué que en el momento que llegó al palacio del Duunviro, exigió con altivez que se le condujese á su presencia, porque tenía que formularle una importante reclamacion. El decurion se encogió de hombros con ademan de menosprecio, y le dijo que sería llevado ante el Duunviro porque éste lo tenía ordenado así; pero que tuviera entendido que habian ya pasado los tiempos en que un ciudadano se creia bastante asegurado en la fuerza de su derecho y en la justicia de un magistrado, para apelar al propio juicio convirtiéndose en juez de sus jueces.

Cneyo y Chrysis fueron presentados en la sala donde se habia constituido el tribunal del Duunviro. La jóven continuaba todavía desmayada, siempre inmóvil, pálida como la muerte y fria como el mármol, descansando sobre la camilla en que los soldados la habian colocado. Marcio, el edil, estaba sentado junto á Bíbulo y allí estaban tambien el questor y los tribunos del pueblo. A Fortunata se la veia retirada en un rincon, vigilando los actos y las resoluciones de su esposo, del mismo modo que el poeta ó el autor de un drama colocado entre bastidores sigue los movimientos de los actores que representan los papeles de su obra, para advertirles ó excitarles segun ejecutan bien ó mal la interpretacion de los que les han sido encomendados.

—Aquí tienes, Bíbulo, á los dos sujetos que me diste encargo de traer presos; — dijo el decurion—Chrysis, á quien hemos encontrado en un lugar poco frecuentado por las vírgenes, y Cneyo, que, segun creo, desea protestar contra la órden de su arresto.

— ¡Mientes! — gritó Cneyo con una indignacion que dejó sorprendidos á los magistrados—yo conozco las órdenes de Nerón, y no sólo no protesto en contra, sino que me considero favorecido y honrado

sometiéndome á ellas. Contra lo que protesto es contra la conducta de este decurion, que no ha cumplido con su deber.

—Juro por los dioses...—exclamó el decurion.

—¡Calla, infiel soldado!—interrumpióle Cneyo con altiva osadía.—Calla tu lengua y guarda todas tus palabras, para implorar la clemencia de los magistrados, y la mia, por tu tremenda falta.

Todos se miraron unos á otros con asombro, subyugados por la arrogante actitud de Cneyo, y éste continuó diciendo:

—Este decurion acaba de decirnos una cosa, en la cual os ha revelado su culpabilidad: os ha dicho que Chrysis, mi hermana, ha sido arrestada en un lugar de infamia. Pues bien; ella, en efecto, ha sido arrestada en casa de la cortesana Pannychis.

El asombro fué aumentando entre los magistrados, y Cneyo continuó aún:

—Pero lo que no os ha dicho es que mi hermana habia sido arrastrada allí por un engaño abominable, para ser reducida á ese estado por los atropellos brutales de unos infames libertinos.

—¿Es que vienes á formular una querrela contra esos seductores? dijo por fin el Duunviro con desden.—Bien; bien; ya nos ocuparémos de eso cuando proceda.

—Ahora formulo mi querrela contra

ellos ante tí, Bíbulo; así como la formularé ante el César, contra tí mismo, si no te muestras justo, desamparando mi derecho. No olvidéis ¡oh magistrados! que la virginidad de esta jóven estaba destinada á los placeres del divino Neron, y temblad ante la idea de enviársela sin haber castigado los ultrajes de que ha sido víctima. Esta niña, que debia ser para toda nuestra familia la base de nuestro favor, de nuestro poder y de nuestra fortuna, no será ya sino un motivo más para la cólera y para el desprecio del César; cólera y desprecio que alcanzará á todos vosotros con justos castigos. Aplaquemos, pues, la indignacion de Neron, anticipándonos, en cuanto nos sea posible, á los deseos de nuestro dueño y señor: cúmplase inmediatamente la venganza que él ha de reclamar y decretar contra los malvados que han tenido el atrevimiento de defraudar sus placeres. Ese es el primero de todos vuestros deberes, magistrados; los placeres del César son sagrados, y ¡mal haya el insensato que se oponga á ellos, porque merecerá la muerte!

Los magistrados no habian podido siquiera imaginar que la cuestion tomase un giro semejante, y palidieron al oír á Cneyo desenvolver su reclamacion.

Será preciso que aquí se explique hasta

qué extremo había llegado el servilismo y la bajeza de aquella sociedad, para que no cause asombro ni extrañeza la indignidad de aquellos hombres, que creyeron en la buena fe de las palabras de Cneyo.

Lo que hoy nos parezca el colmo de la vileza y de la deshonra, estaba entonces muy lejos de las infamantes vilezas que eran habituales en los más esclarecidos patricios y nobles ciudadanos, y la historia nos revela los nombres de muchos de éstos que, condenados por Neron á morir desangrados dentro de un baño de agua tibia, dictaban sus testamentos, en la hora suprema en que debían haber comenzado á ejercer más dignamente su independencia, legando todos sus bienes al César, y consignando sentimientos de gratitud á la clemencia de éste.

Así es que el encontrar un jóven que aceptase con júbilo las órdenes de Neron, cuando no decretaban más que la prostitucion de su madre y la de su hermana, era cosa muy comun y frecuente, y podia ser hasta una cosa muy razonable y conveniente, en el juicio del interesado, cuando éste reflexionaba que los caprichos de Neron podían convertir aquella prostitucion en honores y provechos.

Cneyo había dejado adivinar, con magistral astucia, que alimentaba esas inno-

bles esperanzas, y los magistrados, sin dudar de la sinceridad de sus palabras, se llenaron de pánico temor en vista del giro de los sucesos.

—Tiene razón este jóven—dijo Bibulo— es necesario que los culpables sean arrestados en el acto, y que se prodiguen toda clase de atenciones y cuidados á esta jóven. ¿A quién deberémos confiarla para que la reanime y la vuelva á la vida?

—¿A quién mejor que á su propia madre?— exclamó Fortunata que, á pesar del asombro general de aquella escena, no habia dejado de pensar en el daño que eso podria causar á Silia, y saboreaba ya el dolor de aquella madre al recibir á su hija en aquel estado.

Desde luégo fué dada la órden de trasportar inmediatamente á Chrysis á la prision donde se encontraba Silia, y Fortunata se encargó de su ejecucion.

Miéntras llevaban á Chrysis interrogó el Duunviro al decurion para que declarase quiénes eran las personas que habia encontrado en casa de la cortesana Pannychis. Metelo y otros dos jóvenes de las más ricas familias de Nemausus habian sido reconocidos, así como un tal Publio Sexto, centurion ó capitán de cien hombres en la legion de Fausto. Cneyo reclamó el inmediato arresto de todos cuatro.

—Yo acompañaré al lictor—dijo—porque quiero saber si las órdenes del César son fielmente ejecutadas, y deseo evitar que las complacencias de los magistrados con sus amigos favorezcan la fuga de los culpables.

La audacia con que Cneyo habia pasado el papel de acusado al de acusador, y del estado de la obediencia al del mando, dominaba á todos aquellos hombres, que se apresuraban á prometerle, con su respectiva cooperacion, el perseguimiento y la captura de los delincuentes.

Fortunata se presentó de nuevo en la sala ántes que Cneyo hubiese marchado con el decurion, y pudo oír apuntar el nombre de Metelo entre los de los jóvenes á quienes se debia prender. Metelo vivia en uno de los extremos de la ciudad, bastante léjos, para que pudiese recibir un aviso ántes que Cneyo llegase á su casa, por tener que detenerse ademas en la prision de los otros. Fortunata encargó á un esclavo que trasmitiese con toda urgencia un billete (tableta) á Marcia, la madre de Metelo, para prevenirle que ocultase á su hijo. Esta conducta de Fortunata no era hija de su cariño ni de su amistad hácia Marcia: otro móvil era el que la impulsaba á intentar la salvacion de Metelo; porque Fortunata se garantia á sí propia con

aquel servicio, el silencio de la madre de aquel jóven sobre las intrigas amorosas en que ésta la protegía, y anticipándose á lo que Marcia podia reclamarle, se evitaba exigencias y amenazas.

Cneyo partió en busca de los que habian atropellado á su hermana, casi al mismo tiempo que lo hacía el esclavo que Fortunata enviaba á Marcia, y cuando fueron tomadas todas estas medidas, empezaron á retirarse los magistrados, que, por estar en casa de Bíbulo, ó por haber sido llamados, se encontraban reunidos en ella; quedando solos por vez primera el Duunviro y su esposa.

Las secretas explicaciones que mediaron entre ambos no merecen la pena de figurar en este relato.

VII.

Silia permanecía inmóvil como una estatua desde que fué conducida y aprisionada en una habitacion ó departamento tenebroso, el cual parecia que se habia tenido la premeditacion de alumbrarlo con una lámpara, á fin de que ofreciese un aspecto aún más pavoroso y horrible. Sentada en el borde del miserable lecho que se le habia destinado, meditaba aquella dama

infeliz sobre todos los incidentes de aquel día memorable, midiendo la grandeza de las esperanzas, desde cuya altura se había desplomado su porvenir, para considerarse más desgraciada aún por las desdichas que le amenazaban que por las que sufría en aquellos momentos.

La viuda de Silano estaba aterrada ante la suerte que la esperaba.

Su pensamiento no se ocupaba de las riquezas materiales que iba á perder; pero sí de las inefables dichas que para siempre se alejaban de su existencia. No tenía para nada en cuenta cuál había sido su elevada posición; pero consideraba cuán grande era su desventura, por más que la profundidad de su caída tremenda fuese tan patente á la vista como podía serlo á la reflexión.

El miserable á quien se le encuentra en una prisión lleno de andrajos, extenuado por el hambre y desfigurado por los sufrimientos, tiene necesidad, cuando no posee un nombre notoriamente conocido, de hacer un extenso relato para que pueda comprenderse la diferencia de lo que fué y de lo que ha llegado á ser; pero el que hubiera entrado en la prisión de Silia, hubiera juzgado desde luego, sin necesidad de explicación ninguna, cuán grande era el infortunio de aquella mujer. Silia se conser-

vaba vestida con un traje suntuoso, con la cabeza coronada de flores, los brazos cubiertos de ricos brazaletes y las manos de sortijas preciosas; los elegantes pliegues de su túnica permitian admirar toda la belleza y esbeltez de sus delicadas formas, brillando éstas aún más y más por el refinamiento y exquisita coquetería de su tocado. Y aquella mujer, tan hermosa y tan encantadora, súbitamente separada de los goces de un festin, de los triunfos de su belleza y de una vida elegante llena de deleites, de molicie y de placeres, se encontraba trasportada y hundida en una prision húmeda y oscura, sentada sobre un miserable camistrajó, apoyando sus delicados piés en una piedra sucia y fría, con la vista del pensamiento fija, ó mejor dicho, sumergida en el pasado de su existencia, que su memoria recorria hora por hora. Tal era el estado y la situacion de Silia cuando se presentó Fortunata en su calabozo.

Todo lo que aquella desventurada mujer hubiera podido inspirar en sentimientos de lástima y piedad á la persona más indiferente ó insensible, fué motivo de satisfaccion y gozo en el corazon de su implacable enemiga, quien quizás no hubiera comprendido tampoco todo el alcance de la tremenda desgracia de Silia si hubiese

encontrado á ésta pobremente vestida y no hubiera podido comparar la riqueza y elegancia de su traje con el lugar triste y miserable en que se hallaba.

Fortunata, no queriendo alterar la emociion del placer que experimentaba, permaneció por un momento muda y silenciosa saboreando su venganza, y ordenó con un gesto á los esclavos que conducian á Chrysis que depositasen á la jóven sobre el mismo lecho donde estaba Silia sentada. Esta se levantó maquinalmente; pero luego empezó á extrañarse de lo que pasaba á su alrededor, hasta que por último preguntó quién era aquella mujer que se le daba por compañera en tal estado. Fortunata entónces, desde la puerta de la prison, exclamó:

— Silia, ahí tienes á tu hija.

Fortunata habia calculado perfectamente todas las angustias que en aquel momento debian destrozár el corazón de aquella infeliz mujer: ninguna, en efecto, dejó de atormentarle. Al principio creyó que su hija estaba muerta: su hija, abandonada por ella, y á quien este abandono habia originado la muerte, le reconvenia como á una madre desnaturalizada por haber asesinado á su hija. Luego pensó que Chrysis hubiera preferido la muerte á la ignominia y al deshonor que la espera-

ba, y esta suposicion no fué ménos cruel para Silia: era una leccion de los deberes de la virtud, que recibia precisamente de aquella á quien debia dar ejemplo de madre honrada y virtuosa.

Por último, Silia pudo apercibirse de que su hija no estaba muerta.

Habia más que suficientes motivos para que Silia estuviese triste y avergonzada ante la presencia de su hija; pero el sentimiento maternal, ese amor bellísimo de la mujer hácia el fruto de sus entrañas, se sobrepuso á su tristeza, dominó todo otro sentimiento, y Silia lanzó un grito de alegría al ver que su hija volvía á la vida: grito semejante al que diera en el instante mismo de verla nacer.

Aquella mujer se convirtió toda ella en madre, llamando con sus cariñosos cuidados aquella existencia dudosa que no permitia distinguir aún si era que volvía á la vida ó era que se extinguía. Silia seguía con ansiedad indecible los latidos de aquel corazon, que sólo una madre pudiera percibirlos, segun lo débiles que eran sus pulsaciones.

Por último, reaparecia por completo la vida con una respiracion perfecta; el rostro de Chrysis se reanimaba, y sus miembros daban señales de movimiento. No faltaba más que la palabra y la mirada: la

palabra, ese testimonio prodigioso que nos demuestra que las funciones del alma se ponen en acción, cuando al cuerpo vuelve la vida: la mirada, ese triple sentido que ve, que siente y que habla.

Silia, inclinada sobre su hija, aguardaba que ésta abriese los ojos y que recuperase la palabra. Chrysis, después de haberse agitado largo rato, como queriendo sacudir su letargo, se incorporó un poco y abrió los ojos.

—¡Oh, mi madre!—murmuró con débil voz—¡Madre! ¡madre mía!

Este dulce y santo nombre fué pronunciado por Chrysis maquinalmente, sin que demostrase darle en aquel momento expresión ninguna de temor ni de esperanza. Parecía que sólo era el eco lejano que se extinguía de una frase pronunciada algunas horas ántes en presencia de un peligro, y que aún resonaba en el espacio cuando había ya perecido la que de tal modo imploraba un socorro que no se presentó nadie á prestarle. Así era en efecto: Chrysis había lanzado gritos semejantes, no hacía muchas horas, en medio de la mayor desesperación y mezclados con sus lágrimas y sus sollozos, hasta que una mano impura y atrevida los había detenido en sus labios; y cuando la jóven perdió el conocimiento, embargada por el

dolor, aquellos gritos quedaron contenidos en lo más profundo de su corazón. Después, al volver en sí, esos mismos gritos se manifestaban con las primeras manifestaciones de la palabra, y de ningún modo con las de la razón. Sin embargo, Chrysis no la había perdido, pero todavía le faltaba la memoria.

Silia, al escuchar aquella frase, gritó á su vez:

— ¡Aquí me tienes, Chrysis!

La joven volvió la vista buscando á quien así le hablaba; y aquella mirada tierna é inconsciente, que en el primer momento había dirigido á su alrededor, se iluminó de repente con toda la inteligencia de su alma, con todo el fuego de su vida y con toda la intensidad de su dolor.

¡Oh! los que niegan la existencia del alma como espíritu divino é impalpable, es porque no han tenido ocasión de ver la influencia de ese rayo de luz inteligente que de repente ilumina la mirada de un ser que recobra la razón.

Cuando Chrysis pudo ver á su madre con los ojos del alma y la hubo reconocido, dejóse caer consternada en el lecho, cubriéndose el rostro con las manos y prorumpiendo en amargo lloro. Por más intenso que sea en una joven el dolor que la aflija, siempre le produce lágrimas: el

dolor agudo y seco sólo es posible en los corazones devorados ya por la lucha de las pasiones, que los abrasan y los reducen á cenizas.

Silia lloraba también y hacía esfuerzos para calmar las angustias de su hija, interpretando erróneamente cuál era el sentimiento que había impulsado á Chrysis para escapar de los brazos de su madre. Silia la llamaba á sí, rogándole que la perdonase, y Chrysis por su parte mezclaba también con sus lágrimas frases de ruegos y de súplicas. Mutuamente imploraban perdón la una de la otra.

Silia fué la primera á quien causó extrañeza la desesperación que demostraba su hija, y no pudiendo sospechar la causa de ella, dijo á Chrysis:

—Pobre hija mía, ¿conoces acaso los decretos de Neron?

Esta pregunta debía ser naturalmente seguida de otras muchas.—¿Qué es de tu hermano? ¿Dónde has sido arrestada? ¿Quién te ha hecho saber la fatal noticia?

Chrysis parecía no comprender nada de aquello que se le preguntaba, lo cual no pudo ménos de sorprender á Silia, que no se explicaba entonces por qué se le había llevado á su hija en aquel estado.

Esta confusión de ideas y de pensamientos entre dos seres que tanta necesidad

tenian de comprenderse, duró aún mucho tiempo con una serie de preguntas y de respuestas incoherentes é inexplicables, así para la una como para la otra.

—¿A dónde te ha conducido el poeta Eumolpe?—preguntaba Silia.

—¡Oh, no me lo preguntéis, por favor!—respondia Chrysis.

—Yo estaba en la creencia de que Fausto, el tribuno, os habia dado asilo. No has sido arrestada en casa de Fausto?

—Pues qué, ¿yo he sido arrestada?

—¿Tú no recuerdas que fueran unos soldados á buscarte?

—No: fué Eumolpe quien me dijo que vos me llamabais, y sólo así pude seguirle.

—¿A dónde le seguiste?

—Me dijo que íbamos á tu casa.

—¿A mi casa?

—¡Ah! Yo reconocí desde el primer momento que aquella no podia ser la casa de mi madre!... Quise escapar; pero se me detuvo por la violencia, á pesar de mis gritos, y entónces.....

Las lágrimas y los sollozos de Chrysis no la dejaban continuar, y sólo tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Oh madre mia, madre mia!

Y se ocultó el rostro entre las manos.

Silia creyó comprenderlo todo; pero rechazó en el acto la suposicion que le asaltó

en el pensamiento. Imaginar una desgracia semejante, si no era cierta, equivalía casi á una profanacion de la inocencia de su hija; pero ante las apariencias de aquel inconsolable estado, cuyas demostraciones de dolor no cesaban, Silia tenía el deber y la necesidad de averiguar la causa de que Chrysis, avergonzada, se ocultase el rostro entre las manos.

El llanto de Chrysis no era, segun lo habia creido Silia en un principio, la desesperacion de una hija en presencia de la madre que la habia rechazado. Aquellas lágrimas no expresaban ninguna de las reconvenciones que temia Silia. Tampoco eran efecto del terror producido por un arresto que Chrysis aparentaba ignorar, ignorando por consiguiente el motivo que lo provocase y sus consecuencias. ¿Qué era, pues, lo que afligia á su hija? Silia no pudo ménos de meditar seriamente sobre esa pregunta, que se dirigió á sí misma.

Absorta é inmóvil quedó Silia contemplando largo rato á su hija mientras ésta lloraba sin cesar. ¡Oh qué mirada la de Silia! ¡Qué terrible y muda interrogacion! ¡Cómo reconoció lentamente desde los piés hasta la cabeza y pliegue por pliegue aquel traje de vírgen, cuyos jirones, así como el desorden de sus cabellos y las manchas amo-

ratadas de sus miembros, ponía de manifiesto á los ojos de la madre todos los actos de violencia de que habia sido víctima su hija! Por último, ¡á qué horrible certidumbre tocó Silia cuando separándole del rostro las manos, para interrogar la fisonomía de Chrysis, exclamó con ojos de fuego y seno palpitante:

—¡Conque es verdad!

—¡Sí, madre mia!—respondió Chrysis en el colmo de la desesperacion.

Silia respondió tambien á esta confesion; pero fué con un grito sordo y reconcentrado, ó más bien con el rugido de una leona que se apresta á una fiera venganza. En aquel momento ya no era aquella noble y dulce dama tan inclinada á los placeres como ávida de escuchar las galante-rías de los jóvenes patricios, sonriente á las miradas que se le dirigian para expresarle una súplica ó para decirle que era hermosa: de repente se convirtió en otra mujer, presa de la indignacion, furiosa, implacable, y la primera frase que dirigió á su hija, despues de aquella terrible revelacion, fué decirle:

—¡Ah! ¡Yo necesito que me lo digas todo!

—¡Madre mia! ¡Ah!... ¿qué es lo que pretendéis que os diga?

—¡Todo, hija mia, yo quiero saberlo todo!

— ¡ Ah, jamas!

— ¡ Oh! ¿ Y cómo quieres entónces que yo te vengue?

Al oír la palabra venganza se incorporó de nuevo la jóven, y dirigiendo á su madre una mirada llena de gratitud, se reanimó su semblante, y con fiera expresion exclamó:

— ¡ Ah! todo lo sabrás.

Chrysis se aproximó á su madre, y dirigiendo una furtiva mirada en derredor, la dijo en voz baja:

— Estamos solas, ¿ no es verdad? ¿ Nadie puede oirnos?

Silia dejó escapar una amarga sonrisa, y casi estuvo á punto de declarar á Chrysis la nueva desgracia que ésta áun ignoraba; pero consideró prudente ocultársela todavía, y respondió:

— Puedes hablar desde luégo.

— Llegamos á Nemausus hoy por la mañana.

— Ya lo sé.

— En seguida hemos ido á tu casa.

— Y mi casa ha estado cerrada para vosotros, y os habeis ido al Circo, y despues os habeis hospedado en casa de Fausto... ¿ Y luégo?

— Luégo mi hermano ha salido con Eumolpe: Cneyo, para asistir al banquetè del Duunviro; y el poeta...

— ¡Espera! — gritó Silia; — Eumolpe no había sido designado por la suerte con una tableta para recibir veinte azotes?

— Así es, en efecto.

Silia entónces recordó el relato de Bibulo, la ausencia de uno de los convidados, y vino también á su memoria aquella voz que le había gritado: «Silia, ¿por qué has tenido cerradas, hoy por la mañana, las puertas de tu casa?»

— ¡Era Cneyo! exclamó.

— ¿Cneyo?

— Sí, Cneyo que ha sido azotado como un esclavo; Cneyo, mi querido hijo, ¡oh!...

Y Silia se puso de pié cerrando los puños y apoyándolos en su frente, poseída de furor.

Chrysis la interrogó á su vez:

— ¿Qué decís, madre mia? ¡Mi hermano azotado! Mi hermano...

— No — exclamó Silia con voz sombría — habla, habla; tú eres la que debes decirme todo cuanto te ha sucedido.

— Pero mi hermano...

— Tu hermano... Yo no sé todavía lo que será de él; pero tú, Chrysis, habla, no te detengas.

— Eumolpe ¡el miserable! volvió á poco á casa de Fausto. Ya era completamente de noche y yo estaba esperando á Cneyo. — Vén conmigo, me dijo Eumolpe, por-

que he encontrado á tu madre, y Silia desea verte y abrazarte inmediatamente. — ¡Verte y abrazarte! Ya comprenderás, madre mia, que yo no podia temer nada, que nada quise averiguar de cómo y dónde te habia encontrado Eumolpe; yo le seguí llena de júbilo, casi loca de alegría, inocente, pura. ¡Oh, madre mia, si yo te hubiera encontrado entónces!... Mi padre estaba tan orgulloso de tenerme por hija suya!.. Mientras que ahora...

Chrysis prorumpió de nuevo en llanto, y Silia sintió asomar tambien á sus ojos lágrimas de arrepentimiento, que supo contener contra su conciencia.

— ¿Seguiste á Eumolpe?

— Sí, madre mia; Eumolpe me condujo á traves de calles oscuras y desiertas. Yo apenas habia visto tu casa; pero si hubiera sido de dia es seguro que hubiera conocido que no era á tu casa á donde se me llevaba.

— Lo creo. ¿Y despues, y despues?

Chrysis refirió todos los detalles que habian precedido á su desgracia, que Silia queria conocer sin detencion, y que la hija retardaba en declarar, porque temblaba ante lo que le quedaba que decir.

— Acaba, Chrysis, acaba por piedad; estamos solas y hablas á tu madre. ¿A qué casa, en fin, te condujo Eumolpe?

— La dueña de ella la llamaban Pannychis.

— ¡Pannychis!

— ¡Oh! Estoy segura de ello: ese nombre ha resonado cruelmente en mis oídos, escuchándole por encima de mis gritos. Sí, se llama Pannychis, otro se llama Curion, otro Publio Sexto, y por último, el detestable y odioso seductor...

Chrysis se detuvo.

— ¡Ese! ¿Cómo se llama ése?

— Metelo.

— ¡Metelo!

— ¿Le conoces?

— ¡Los conozco á todos!

Silia se detuvo también, y despues continuó diciendo:

— ¿Y cuando tú entraste se encontraban ya beodos, exaltados?

— No lo sé: cada cual ocupaba su lecho cerca de la mesa, y la mujer que ántes he nombrado, exclamó al verme entrar: •Metelo, aquí tienes á la hermosa jóven que pretendes arrebatár á Fausto.

— ¿A Fausto? exclamó Silia.

— ¡Sí, madre mia! Aquella infame mujer afirmaba que yo era la amada de Fausto, y añadía que por mí Fausto abandonaría á...

Chrysis no concluyó la frase, y un encendido pudor, que no había enrojecido

hasta entónces su rostro miéntras referia su propia deshonra, coloreó sus mejillas.

— Diria que por tu amor Fausto abandonaria el de Silia... ¡ Oh !... Pluguiera á los dioses que hubiera dicho verdad: tú eras bien digna de él; tú merecias tan noble esposo... Pero los miserables que te han deshonrado.... Por qué tú no me lo has dicho todo aún, ¿no es cierto?

— ¡ Ah ! Qué más quereis que os diga, madre mia ? Yo les dije quien yo era y se han reido de mí; yo les supliqué y se mofaron de mis súplicas; yo me arrojé llorando á sus piés y se burlaron de mis lágrimas; yo quise huir y todos me sujetaron; yo intenté suicidarme y me arrebataron el cuchillo que ya tenía en mis manos; yo me resistí y me defendí desesperadamente en lucha desigual contra el bestial atropello de Metelo, y el cielo, á quien invocaba, no se desplomó para aplastar su cabeza; yo, en fin, deseé morir cuando me faltaron las fuerzas, y aquí tienes á tu hija viva, pero deshonrada, vejada y perdida.... bien lo ves, madre mia... ¡ Madre, madre ! ¿ Cuándo querrás vengarme ?

Silia permaneció muda, ahogada por el llanto, sofocada por la rabia y traspasada por el dolor.

— Al preguntarte que cuándo me ven-

garás, ¿por qué no me respondes, madre mia?

Silia, sacudiendo la cabeza con la mayor desesperacion y retorciéndose los brazos, respondió:

— ¡Y si no me fuera posible vengarte!

— ¡Tú, Silia; tú, mi madre; tú, la esposa de Silano!

— Y la prisionera de Bíbulo, como lo eres tú tambien en este instante, para ser luégo ambas las víctimas de Neron.

— ¡Oh, madre mia! ¿qué dices?

— Repara el lugar donde estamos.

La jóven pudo comprender entónces cuál era la triste situacion en que se encontraban, no sólo al observar aquel miserable y reducido encierro, sino escuchando á su vez de los labios de su madre el relato de la llegada de Vindex con las órdenes de Neron, el arresto de ese mismo Vindex, el de Fausto, el suyo propio y quizás el de Cneyo.

— ¿Cneyo estará libre aún? preguntó Chrysis.

— No puedo saberlo.

— Madre mia, si estuviera libre, Cneyo nos salvará, Cneyo nos vengará! ¡Oh! Mientras viva Cneyo podemos tener alguna esperanza.

— ¿Y qué podrá hacer un niño solo

contra todo el Imperio? ¡Ah, Chrysis! Cneyo sucumbiría, si no ha sucumbido ya.

Y aquellas dos desdichadas mujeres, abatidas por la fuerza del terrible infortunio que sobre ambas pesaba, quedaron mudas, contemplándose mutuamente, con la frente inclinada, y meditando quizás sobre un mismo pensamiento: la muerte.

Sin embargo, no habían terminado para estos dos seres las emociones que debían experimentar en aquel mismo día, y tanto Silia como Chrysis estaban ambas destinadas á sufrir otras aún más dolorosas y terribles que las que hasta aquel momento las afligia. La más amarga de las desventuras no lo es tanto, si por encima de nuestros dolores vemos sobrenadar y quedar á salvo los más puros afectos y sentimientos del alma. Morir juntas, heridas por un desastre más fuerte y poderoso que la voluntad, era horrible, ciertamente, y si Cneyo se hubiera encontrado entre su madre y su hermana, verle éstas morir junto á ellas hubiera sido una tremenda pena para ambas; pero esa misma desgracia no hubiera sido tan sensible para Silia y para Chrysis, como la de sufrir el abandono de Cneyo y ser testigos de su baja y de su infamia.

Este último sufrimiento les reservaba el destino, porque todas las apariencias ponian de manifiesto la indignidad de Cneyo.

* * *

Ya hemos dicho que Cneyo habia vuelto á salir del palacio del Duunviro acompañado de un lictor, de un decurion y de algunos soldados. Sus propósitos, por el momento, se concretaban á vengarse de los infames que habian ultrajado á su hermana, porque contaba con que éstos intentarían alguna resistencia, y se prometia provecharse de esta circunstancia para ensañarse con ellos. Sin duda que no se reducía solamente á esto su proyecto. Lo primero para Cneyo era la salvacion de su madre y de su hermana; pero considerando esto casi imposible, buscaba al ménos la venganza como una insignificante compensacion de su desgracia. Y aquella venganza parecia que tambien se le escapaba, porque no encontró en sus respectivas casas á ninguno de los culpables, y al llegar á la de Metelo, y al penetrar en ella, supo que éste acababa de partir acompañado de los otros, á quienes por un momento habia dado asilo.

No tardó mucho Cneyo en descubrir el paradero de todos ellos, y supo que au-

dazmente habian ido á refugiarse al campamento de la décima legion. De seguro que si Fausto se hubiera encontrado libre, no se hubieran atrevido á confiar en la proteccion de los soldados que aquél mandára; pero uno de ellos, el centurion Publio Sexto, que habia sabido la acusacion que pesaba sobre Fausto, y su arresto, creyó poder ofrecer á sus cómplices aquel medio de defensa.

Cuando Cneyo supo que los culpables se encontraban en el campamento, quiso marchar allí en su persecucion, y el lictor que le acompañaba le juró que cumpliria por su parte la órden de los magistrados aunque fuese contra un ejército entero; pero el decurion se encogió de hombros al oir aquella bravata, y le dijo:

—Y tú y este jóven seriais de allí echados á palos con las mismas varas de tus haces. Para hacerles obedecer es necesaria una autoridad más respetable que la tuya, dado caso que no la rechazasen tambien.

Al escuchar aquella observacion exclamó Cneyo súbitamente:

—Pues bien; yo sabré imponerles esa autoridad.

Y en el acto dispuso regresar al palacio del Duunviro.

Cuando llegó á él duraba todavía la con-

ferencia de Bíbulo con Fortunata, y por las últimas frases de esta conferencia podrá juzgar el lector de las declaraciones, confidencias y pactos que mediaron entre ambos esposos.

—Queda convenido,—decía Fortunata,—que me abandonarás á Silia.

—No olvides que pertenece á Neron y que éste la reclama.

—¡Oh! no temas nada: yo no me propongo otra cosa que torturar su corazón, y tengo la seguridad de que en estos momentos sufre un suplicio mayor de lo que tú puedas imaginar.

—Adivino toda la crueldad de ese suplicio por el gozo que se retrata en tu semblante; pero ¿qué más puedes hacer con esa mujer que el haberle presentado á su hija en el lamentable estado que se la llevaste?

—Si tú comprendes todo lo que Silia debe sufrir con la deshonra de su hija, de la cual ésta es inocente, ¿no te haces cargo de lo mucho más que ha de afligirla el ver la infamia y la indignidad de su hijo? ¿Olvidas el deseo manifestado por éste de que su madre y su hermana sean entregadas á Neron?

—¿Y tú te propones ayudar á ese joven?

—Sin duda alguna y sin remordimien-

tos de ninguna clase, porque para mí esas dos mujeres no son más que dos enemigas; pero para Cneyo, que las vende y las entrega, la una es su madre y la otra es su hermana.

—Te veo ya ansiosa de llevar á Silia la noticia de la bajeza de su hijo.

—Y voy en seguida.

En aquel momento llegó al palacio un soldado que el decurion habia destacado para advertir al Duunviro de lo que ocurría, y darle así tiempo para reflexionar, ántes de la llegada de Cneyo, la determinacion que le conviniera tomar.

Fortunata, que se proponia sacar partido de todo, aprovechó aquella oportunidad y dijo á su esposo:

—Es necesario escuchar á Cneyo, y conviene que su madre y su hermana estén presentes, para que puedan atestiguar á Neron que prestamos todo nuestro apoyo y cooperacion á las reclamaciones de ese noble jóven.

Así, pues, Fortunata dispuso que comparecieran Silia y su hija, y que dejaran pasar á Cneyo tan pronto como volviese á palacio.

Los designios de Cneyo, como los de todo aquel que está decidido á probar fortuna hasta el último trance, los habia modificado segun la inesperada marcha de

los sucesos. Pero en vez de aminorarse las esperanzas por el éxito que ántes se proponia alcanzar, ahora pensaba obtenerlo, no solamente respecto á la venganza de su hermana, sino tambien respecto á la salvacion de ésta y de su madre.

Cneyo estaba, por lo tanto, resuelto á continuar representando el papel infame que habia comenzado á fingir, y con estas intenciones regresó al palacio de Bíbulo. La presencia de su madre y de su hermana le causó el efecto de un rayo, y le desconcertó hasta el extremo de sentir que le abandonaba el valor. Es indudable que si hubiera tenido necesidad de ser el primero en exponer las reclamaciones que venía á formular ante el Duunviro, le hubiera faltado la fuerza de voluntad indispensable para hacerlo; pero habiéndole sido arrojada aquella infamia en la frente por otra persona, recobró súbitamente todo el valor que le era preciso para soportarla. Fortunata, inducida por el ódio que le inspiraba Silia, y creyendo en la sinceridad de los propósitos del jóven, se adelantó á explicar que la turbacion de Cneyo reconocia por causa los miramientos que tenía éste de manifestar sus intenciones delante de su madre y de su hermana; y haciéndolo por él, dijo:

—Y bien, Cneyo; ¿has encontrado á los

infames libertinos que, según decías ántes, han tenido la osadía de poner sus manos sacrílegas sobre la vírgen destinada al divino Neron? ¿Podrás tú castigar, como querías, el atentado que han cometido robando unos placeres que estaban reservados al César? ¿Y llevarás á cabo tu venganza contra los que han derribado la base de tu fortuna, por los bienes y favores que soñabas habían de obtener tu madre y tu hermana en los brazos del señor de Roma?

Era tan odioso y repugnante el sentimiento que esas palabras revelaban, que Sillia no pudo ménos de quedar absorta y estupefacta al escucharlas. Chrysis, por su parte, no podía comprender lo que querían decir: conocía tan á fondo la nobleza de alma de su hermano, que sólo escuchó las interpelaciones de Fortunata como un rumor entrecortado por infames palabras que para nada podían tener relacion con Cneyo. Ménos se explicaba la jóven la palidez y la ansiedad de su madre al oirla decir:

—¿Debo creer lo que acabo de escuchar, Cneyo? ¿Esta mujer no se mofa de mi desgracia? ¿Es cierto que tú hayas pensado...

Cneyo había tenido tiempo de reponerse para persistir en su penosa resolución. Por muy execrable que fuese, al parecer,

el camino que habia emprendido, lo consideraba como el único que en aquellas circunstancias podia conducirle al éxito de su empresa, y perseveró en sus propósitos con heroica abnegacion, porque no se le ocultaban tampoco los sufrimientos que iba á causar á los mismos seres queridos á quienes pretendia salvar.

— Sí, Silia, — exclamó; — quiero ejercitar mi venganza contra los que han ultrajado la pureza de la virgen destinada á Neron. El César es la representacion de los dioses sobre la tierra: malditos sean los que no inclinan dócilmente la cabeza ante su voluntad ó su deseo, y perezca en mal hora todo aquel que al cumplimiento de esa voluntad divina y al servicio de sus deseos augustos no ponga todo su poder y autoridad.

Y despues, dirigiéndose á Bibulo, continuó diciendo:

— Ahora, tú, Bibulo, ve aquí el motivo que me ha obligado á volver á tu presencia sin los culpables. Estos han huido y se han refugiado en el campamento de la décima legion: la autoridad de un licitor hubiera sido insuficiente para prender á esos miserables en medio de los soldados; pero la tuya, la presencia del duunviro, obtendrá el respeto y la obediencia que á nosotros nos hubiera sido negada, y he

venido á reclamarte que me acompañes.

Al oír tan extraña pretension, Bíbulo frunció el rostro; pero Fortunata se apresuró á gritar:

— Este jóven tiene razon y pide en justicia: es necesario seguirle y prestarle auxilio para vengar el insulto hecho al César; porque Cneyo representa en este momento la causa de Neron y no la de su hermana. Cualquiera otra jóven que se encontrase en el mismo caso tendria en él igual defensor.

Cneyo adivinó la intencion de Fortunata, y no temió ir más allá de las horribles suposiciones de aquella mujer, con el objeto de asegurar el éxito de su empresa.

— Te engañas, Fortunata — gritó Cneyo; — si Neron hubiera escogido para sus deleites otra cualquiera mujer que no hubiera sido Silia ó Chrysis, yo no hubiera entónces defendido su eleccion con tanto entusiasmo; pero cuando una felicidad semejante viene á distinguir á una familia, mal haya el miembro de ella que no persigue á los que quizás pudieran hacérsela perder.

Silia hubiera dudado de la sana razon de su hijo si no viera en sus palabras la exacta explicacion de los miserables sentimientos de interes que le animaban. La indignacion le hacia enmudecer; pero al ca-

bo estalló con severas reconvenciones, y levantando los brazos en actitud de anatema sobre la cabeza de Cneyo, dijo á éste:

— ¡Miserable! ¡Tú no puedes ser el hijo de Silano, tú no puedes ser hijo mio, tú has robado el nombre que llevas!

— ¡Cneyo! ¡Cneyo! — gritó Chrysis. — Desmiente tus palabras: la inmensidad de tu dolor te ha vuelto insensato.

Cneyo no respondió ni una sola frase; pero no pudiendo soportar el peso de las miradas de su madre y de su hermana, les volvía el rostro con fingido desden.

— ¡Cneyo! — volvió á exclamar Silia. — No hay bajeza tan infame ni tan indigna que pueda compararse con la tuya. La misma Fortunata que tanto me odia nos ofrece en este momento el aspecto de su asombro, y yo me atrevo á jurar que el tirano Neron, al tener noticia de tu conducta para con nosotras, se estremecerá de horror aún en la embriaguez de sus orgías. No esperes, no, que tengan éxito tus execrables proyectos: la muerte me libertará de la infamia en que me abandonas, y terminará la desesperacion que experimento por haber dado el sér á un monstruo como tú.

— ¡Fortunata! — gritó Cneyo con furiosa energía que brotaba de la violencia que ejercia sobre sí mismo. — Fortunata, yo te

hago responsable de la vida de estas dos mujeres, y si por tu negligencia ó poco celo les sucediera algun mal, darás cuenta de ello á Neron. El tiempo vuela, y no debemos perder ni un momento: Bibulo, ¿estás dispuesto á seguirme?

—Vamos — dijo el duunviro.

—Vé tranquilo — contestóle Fortunata; —yo te respondo de la vida de tu madre y de tu hermana, para que puedas gozar el bello porvenir que les preparas.

En seguida marcharon Bibulo y Cneyo, volviendo á ser conducidas á su prision Silia y Chrysis, las cuales fueron maniatadas para impedirles que pudieran atentar contra sus vidas.

No nos detendremos á describir la desesperacion y lá amargura de aquella madre, que despues de haberle sido entregada su hija deshonorada y vejada, veia de nuevo á su hijo, despues de una prolongada separacion, para encontrar en él al más despreciable esclavo de la tiranía de Neron. Con referencia á aquellos tiempos, se citan muchos ejemplos de inauditas bajezas, y bien conocida es de todo el mundo la historia del senador que aparentaba dormir en medio del festin, cuando se lo indicaba Neron, miéntras que éste gozaba de su esposa delante de los demas convidados; pero jamas se habia dado el caso

de un servilismo tan asqueroso como el de Cneyo, en un jóven de su edad, ni con tanta impudencia manifestado.

Silia no encontraba palabras bastante enérgicas para expresar sus maldiciones, y Chrysis no sabía hacer más que repetir sin cesar estas palabras:

— ¡Es imposible! ¡es imposible!

Entre tanto Bíbulo, acompañado de Cneyo, se encaminaba apresuradamente al campamento de la décima legion, precedido de los ocho lictores de que se servia en las circunstancias graves y solemnes.

Ya se habia esparcido el rumor entre todos los soldados de la noticia del arresto de Fausto, la cual habia producido un descontento general, que los culpables procuraban utilizar en provecho propio. Las puertas de aquel campo atrincherado habian sido cerradas; pero le fueron franqueadas al Duunviro cuando vieron que éste avanzaba solo con algunos lictores, despues de haber concertado los soldados oponerse al arresto de Publio Sexto, si el Duunviro lo intentaba á pesar de la resistencia de aquéllos. La disciplina estaba completamente pervertida en la legion, y ya sea que se decidiesen á entregar ó á defender á uno de sus oficiales, los soldados se mostraban orgullosos y engreidos, ha-

ciendo alardes de que eso dependia sólo de sus voluntades.

Desde que el Duunviro penetró en el campamento, se dirigió al tribunal ó plataforma que se elevaba en una de sus extremidades, acudiendo allí todos los soldados para conocer el objeto de aquella inesperada visita. Bibulo habia ordenado que las puertas volvieran á cerrarse, para que nadie pudiera salir del campo, y los soldados consintieron que esta órden fuese inmediatamente ejecutada, porque así quedaban hechos dueños, no sólo de los que debian ser arrestados, sino tambien del mismo Duunviro. Este subió á la tribuna para arreglar á la tropa, y Cneyo se colocó á su lado.

La moralidad y justicia de toda multitud ó colectividad, interpelada ó reclamada públicamente, no ha sido jamas dudosa, y el Duunviro fué benévolamente escuchado cuando se expresó en estos términos:

— Soldados: si yo viniese á vuestro campamento con las órdenes de Neron en la mano, yo no tendria necesidad de deciros cuál era el objeto de mi venida, porque vuestro deber y el mio no es otra cosa que la obediencia más absoluta á los decretos y á la voluntad del Emperador. Si el César hubiera dispuesto el arresto de Publio

Sexto, de Metelo y de las otras personas á quienes habeis acogido bajo vuestro amparo, hubiera sido suficiente haberos dicho que era un mandato de nuestro augusto dueño, para que en el acto hubiera sido obedecido. Pero no es así. Por la reclamacion y la queja de un simple ciudadano es por lo que debo proceder contra los culpables, y ciertamente no lo hiciera vuestro Duunviro si el crimen que ellos han cometido no fuese á la vez el más tremendo y el más cobarde. Este jóven que veis aquí á mi lado es el hijo de Silano, que llegó ayer á Nemausus con su hermana y obtuvo la hospitalidad de Fausto; pero mientras éste se encontraba en mi palacio, y aprovechando tambien la ausencia de este jóven, un infame emisario se introdujo en la casa de vuestro tribuno, y sacó de ella á la jóven con el pretexto de acompañarla á la de su madre; y merced á este odioso engaño, condujo aquella vírgen á la casa de una cortesana, donde fué entregada su inocencia á todos los excesos criminales de la violacion y del libertinaje.

Un sordo rumor de asombro y de indignacion se extendió entre los soldados, y algunas voces comenzaron á formular acusaciones contra los jóvenes patricios que habian cometido tan inicuo atropello.

Conociendo Publio Sexto que su conduc-

ta, puesta de manifiesto bajo su verdadero punto de vista, le comprometia gravemente, subió tambien sobre la plataforma para hablar á su vez:

—Soldados: — gritó, — se os engaña y se os sorprende. No creais que aquí se trata de vengar á una jóven de los insultos que haya podido recibir; de lo que verdaderamente se trata es de arrestar á los mejores ciudadanos, como se ha hecho con Fausto nuestro tribuno. ¿Por qué se ha puesto preso á Fausto? ¿Ha sido porque haya querido violar á alguna otra vírgen? No en verdad. Que el Duunviro os lo diga y entónces sabréis por qué se nos quiere privar de la libertad á mí y á mis amigos.

— ¡Devuélvenos á Fausto! — gritaron los soldados por todas partes. — ¡Fausto! ¿Porqué ha sido preso Fausto?

— Fausto se ha rebelado contra la autoridad del César — exclamó el Duunviro.

— Y sabed ahora tambien por qué se ha rebelado contra la autoridad de Neron, — gritó Cneyo entónces con potente entonacion, dominando el tumulto causado por la manifestacion de Bíbulo. — Sí, ciudadanos: yo soy el hijo de Silano el senador, á quien de sobra conoceis por su valor y sus virtudes, y Silano se ha visto precisado á suicidarse para evitar la afrenta de las órdenes de Neron, que le habia mandado que

bajase á combatir en el Circo. Mi hermana y yo hemos huido de Roma; pero las órdenes del tirano han venido persiguiéndonos hasta Nemausus. Esas órdenes arbitrarias disponen que la esposa de Silano y sus hijos sean conducidos á Roma para satisfacer los apetitos y las venganzas de Neron, y por no haber querido Fausto consentir tan execrable sentencia, es por lo que ha sido reducido á prision vuestro tribuno.

Los soldados murmuraban, mirándose unos á otros, para concertar la aprobacion que les merecia la conducta de Fausto.

— Por lo demas — continuó Cneyo, — todo cuanto os ha dicho el Duunviro es cierto; sí, unos infames y cobardes libertinos han ultrajado la virginal inocencia de mi hermana, la hija de Silano, el más noble y honrado ciudadano del Imperio. Yo he ido á reclamar del Duunviro el castigo que debiera imponerse á los culpables; pero lo que no sabeis ni podeis calcular es bajo qué formas, en qué condiciones y en qué sentido se ha consentido en ese castigo. No ha sido, no, para vengar á la víctima ultrajada, ni ha sido tampoco para que la vindicta pública y la moral queden satisfechas; no, ¡soldados! esos intereses valen bien poca cosa para ocupar la atencion de los magistrados: se ha decretado la persecucion y castigo de los im-

prudentes que han tenido la osadía de atentar con mano sacrílega contra los placeres de Neron, gozando ántes que éste la virginidad de la hija del senador Silano.

— ¡Pero en ese sentido es como tú has formulado tu reclamacion! — exclamó Bíbulo.

— Sí; en ese sentido es como he tenido necesidad de pedir justicia, porque de otra manera no la hubiera obtenido.

Y despues, dirigiéndose á los soldados que le escuchaban con silenciosa admiracion, prosiguió Cneyo:

— Sí, soldados; me ha sido necesario emplear ese abominable pretexto para alcanzar el castigo de los infames que se han refugiado bajo vuestro amparo. ¡Ahora bien! de vosotros espero la justicia, no sólo contra ellos, sino tambien contra el Duunviro; porque Bíbulo, si le dejais obrar, entregará á mi madre y á mi hermana á nuevas infamias; causará tambien la perdicion de Fausto prisionero, cuyo ejemplo os enseña cuál es la opinion de un noble ciudadano respecto á las órdenes de Neron; y por último, abandonará á las venganzas de ese tirano al insigne y virtuoso Vindex que intentaba libertar las Galias del ominoso yugo de semejante monstruo, y que, fiando en la bondad de vuestros sentimientos, llegó á imaginarse que tales ór-

denes serian motivo más que suficiente para que estallára vuestra insurreccion. ¡Valientes soldados! ¿permitiréis que se cometan esos crímenes? ¿dejaréis perecer á vuestro tribuno? ¿consentiréis que el ilustre Vindex sea conducido al suplicio? ¿sancionaréis que arrojen al lecho infame del inicuo Neron el pudor ultrajado de la hija de Silano?

— ¡No, no, no! — gritaron á una voz todos los soldados.

— ¡Escuchadme! — gritó tambien el Duunviro; — el César os ordena...

— ¡El César que ahora mismo va á elegir esta legion, me ordena tu muerte! — exclamó Cneyo.

Y al decir eso, asestó á Bíbulo una puñalada mortal que le hizo caer en tierra.

Los soldados, sublevados con las últimas palabras de Cneyo y seducidos con la idea de elegir un nuevo César, aplaudieron el acto de justicia y el valor del jóven.

— ¡A Nemausus ahora! ¡á Nemausus! — gritó Cneyo; y que las riquezas de los favoritos de Neron sean el botin de los que hayan de combatir para derribar su abominable poder!

No intentaremos siquiera bosquejar el tumulto que excitaron aquel homicidio y aquellas palabras. Sólo diremos que Cneyo

no tuvo necesidad de señalar á la cólera de los soldados quiénes debían ser sus primeras víctimas. Publio Sexto, Metelo y sus otros cómplices, alcanzados cuando ya iban á escapar, perecieron todos bajo los golpes y al furor de los mismos que pocos momentos ántes habian jurado defenderles.

Toda la legion se lanzó en desórden fuera del campamento, y la ciudad de Nemausus, á pesar de las murallas que la rodeaban, tomada por sorpresa, se vió de repente en poder de los soldados, así como el palacio del Duunviro, que fué invadido por Cneyo con algunos soldados que le seguian.

La noticia de un desastre se anticipa siempre á la llegada de los que se imaginan ser los primeros en llevarla. Antes que los soldados hubieran asaltado el palacio de Bíbulo, ya sabia Fortunata la muerte de su esposo, el alzamiento de la legion y el peligro que amenazaba á aquella morada. El primer impulso de Fortunata fué huir; pero ántes que pudiera tener tiempo de recoger algunas alhajas, ya el palacio habia sido atacado, y sus pesadas puertas caian con estruendo bajo los tremendos golpes de los soldados. Persuadida entónces de su perdicion, Fortunata quiso arrastrar en su ruina á la mujer que

consideraba como su más mortal enemiga. Así, pues, cogió un puñal y se dirigió con presteza á la prision de Silia y Chrysis, donde por virtud de la recomendacion de Cneyo se encontraban aquellas dos infelices mujeres maniatadas, para que no pudieran atentar á sus propias vidas.

Ya hacía algunos momentos que Silia y Chrysis habian creído notar un lejano rumor que llegaba confusamente hasta la prision en que estaban, y sin poder adivinar la causa que pudiera producirlo, escuchaban con atencion cómo iba creciendo y acercándose. Cuando oyeron crujir las puertas á los golpes de los soldados, no les quedó ninguna duda de que el palacio era objeto de un ataque, y empezaron á concebir algunas esperanzas; pero al escuchar distintamente el tumulto de los esclavos que huían y las vociferaciones de los soldados que los perseguían, ya entonces tuvieron la certeza de que se trataba de libertarlas.

En aquel momento fué cuando Fortunata penetró en la prision, cerrando tras sí la puerta con violencia.

Al presentarse aquella mujer como una fiera espantada, con los ojos encendidos, los cabellos en desórden y con todo aquel aspecto de la rabia que ve llegado el momento de saciar su criminal furor, Silia

adivinó el objeto de su implacable enemiga, y por un movimiento instintivo, la madre procuró cubrir con su propio cuerpo el de su hija.

Aquellas dos mujeres, aquellas dos rivales, aquellas dos enemigas, Silia y Fortunata, se comprendieron mutuamente, porque la esposa de Bíbulo respondió á aquel movimiento diciendo á la esposa de Silano:

—¡Sea! ¡Tú la primera y despues tu hija!

Silia avanzó con actitud heroica, presentando su pecho, donde Fortunata hundió su puñal sin piedad; pero el amor maternal habia exasperado á Silia tanto como á Fortunata su odio, y ántes que ésta hubiera podido retirar el arma para herir á Chrysis, se sintió aprisionada por los dientes de Silia, que la tenía mordida la mano. La lucha, sin embargo, no se hubiera prolongado mucho tiempo, pues Fortunata, á pesar del dolor agudo que le causaba la mordedura de Silia, procuraba arrancar del seno de ésta el puñal, y ya lo tenía cogido con la otra mano, cuando sintióse crujir la puerta de la prision al empuje de Cneyo, que se precipitó dentro seguido de Fausto. Fortunata entónces clavóse aquel puñal en su corazon y cayó al lado de su rival.

Cneyo y Fausto levantaron del suelo á Silia ensangrentada y moribunda y la colocaron sobre el lecho en que habia sido ántes depositada su hija.

Silia entreabrió los ojos y pudo reconocer á Fausto y á Cneyo. Este se hallaba arrodillado al borde de la cama, y su madre apoyó suavemente su mano sobre la cabeza de su hijo, conservando todavía, para dar su último adios á Fausto, una de aquellas dulces sonrisas, otras veces tan encantadoras, y que fué un sonreír casi divino en aquella existencia agonizante. Silia hizo algunos esfuerzos para hablar; pero no pudo apénas balbucear más que estos dos nombres:

—¡Fausto!... ¡Chrysis!...

La cuarta época, titulada *Los Cristianos*, que sigue, explicará cuál fué el destino de los personajes de esta escena final. Lo que únicamente nos resta que decir ahora, para inteligencia del lector, es que los sucesos que acabamos de referir fueron el origen de la insurrección general de las Galias contra Neron, cuyo movimiento tuvo por jefe á ese mismo Vindex, y cuyo éxito fué debido al valor, á la presencia de ánimo y á la heroica fuerza de voluntad de un niño.

FIN DE LOS ROMANOS.

CUARTA EPOCA.

LOS CRISTIANOS.

I.

La noche era tranquila y apacible: el reposo del sueño reinaba en aquel arrabal de la ciudad de Tolosa, á orillas del Garona, que hoy es tan rico y populoso, y el silencio más profundo reinaba tambien en aquel grupo de miserables chozas que ocupaba entónces la orilla de dicho rio.

Cuando se observa un silencio semejante en el recinto de un pueblo ó en la morada de una tribu, significa y atestigua que sus habitantes, por algunas horas al ménos, han podido encontrar el olvido de sus miserias y de su pobreza. La velada sólo es alegre en la casa del rico: bajo el techo del pobre es indicio seguro y cierto de grandes apuros ó de tristes duelos. Una enfermedad, ó un trabajo urgente y extraordinario, es casi siempre lo que hace

brillar una luz tenue á las altas horas de la noche en el interior de una humilde choza.

Ante aquel aspecto de sosiego y de tranquilidad hubiérase podido creer que, en la época de que nos ocupamos, los pescadores y bateleros que habitaban aquella especie de barrio, habian obtenido de sus magistrados y autoridades la mayor suma posible de bienestar á que puede aspirar un hombre sin bienes y sin fortuna; esto es, el trabajo durante el dia y el reposo durante la noche.

Y sin embargo, jamas se habia visto la colonia de Tolosa tan afligida como entonces.

Un hombre acababa de pasar por el camino de la historia, y el hálito de aquel hombre, como atmósfera mefítica y pestilencial, habia sembrado el terror, la muerte y la desolacion, lo mismo en las mas ricas que en las más pobres familias; porque para gobernar creyó preciso hacer rodar las cabezas de los más nobles ciudadanos, y necesitó hasta el último sextercio de todos los súbditos de su imperio. Aquel hombre se llamó Caracalla, y este nombre lleva en sí mismo tal nocion de tiránico despotismo y tal idea de insensata y salvaje crueldad, que es inútil detenerse á explicar los infinitos males que hizo por don-

de quiera que se dejó sentir su influencia.

No era, por tanto, el tranquilo reposo á que se entrega el hombre laborioso despues de las fatigas del trabajo, la causa del silencio y de la oscuridad que reinaba en aquel grupo de cabañas: una órden de los magistrados obligaba al sueño, y ya hacía mucho tiempo que apénas era de noche sonaba el toque ó la señal de silencio en la ciudad de Tolosa.

Habíase hablado de ciertas nocturnas asambleas y de reuniones secretas que se celebraban en distintos lugares y á diferentes horas, y en la imposibilidad de impedir las ó de sorprenderlas, por la disciplina que tenian para juntarse ó para disolverse, consideróse como un crimen el tener luz encendida durante la noche en el interior de las viviendas.

Uno de los espías nocturnos destinados á vigilar si se prestaba obediencia á dicha órden, y que á la sazón recorria aquella parte de la ciudad, creyó ver que por las mal unidas tablas de una puerta se deslizaba cierto resplandor.

Aquella puerta era la de una casita construida con un poco de más esmero que las otras vecinas y que presentaba un aspecto más limpio que la mayor parte de ellas. Se hallaba situada en el centro de un pequeño jardín, protegido tan sólo por una

débil verja de madera, y no parecía sino que todos los habitantes del barrio tenían un cuidado especial con aquella morada; porque jamas fué arrojada ninguna inmundicia ni basura en sus cercanías, y hubiérase dicho que era como una especie de templo rodeado de cierta atmósfera de santidad y pureza, que inspiraba á todos el mayor respeto.

Sin embargo, Cilo, que este era el nombre del espía cuyo cometido se extendía en algunas ocasiones á desempeñar el odioso papel de delator, separó los maderos ó trancos que cerraban la portada del jardín y se aproximó con sigilo á la puerta de la casita, cerciorándose, no sólo de que había luz dentro de ella, sino de que sus moradores velaban. En seguida tomó sus precauciones para no ser visto en el caso de que álguien saliese ó entrase en aquel recinto, porque no ignoraba que si las leyes protegían la delacion, pagándola á precio de oro, esto sólo tenía lugar á condición de que el delator no se dejase sorprender.

Muy frecuentemente los jueces, despues de haber condenado á un hombre por virtud de la denuncia de uno de esos espías, cerraban los ojos y dejaban impunes los actos de venganza que los sentenciados ejercían contra sus miserables delatores,

cometiendo así delitos más culpables, algunas veces, que el pretendido crimen por el cual habian sido perseguidos.

Cilo, pues, dió la vuelta al rededor de la casa, cuyos moradores estaban infringiendo las ordenanzas de los ediles, y por las rendijas de una ventanita baja pudo escudriñar con ávidos y curiosos ojos algo de lo que sucedia en el interior de aquella vivienda.

Algunas de las palabras que oyó pronunciar le dieron á entender desde luégo que eran várias las personas que allí se encontraban; pero áun no podia ni saber el número de ellas ni el sexo á que pertenecian, y Cilo tuvo miedo ante la sola idea de que podia ser visto ó descubierto por algun hombre, aunque éste fuese el sér más débil de la tierra; porque no existia en el mundo criatura más raquíca, ni más cobarde. Pequeño de estatura, flaco, subido de hombros y un poco cargado de espaldas, bizco, de frente ancha y deprimida, arrastrando aquellos miembros extenuados en una vida de libertinajes y mostrando en su pálido semblante la expresion y el sello de su ruin ferocidad, Cilo era uno de esos entes miserables que llevan en el rostro el verdadero retrato del alma. Su aspecto era tan repugnante que todo el que le encontraba en su camino apartaba

la vista con disgusto, y aquel á quien se acercaba, retrocedía con horror. Este sentimiento de antipatía que su sola presencia física inspiraba á los que no conocían sus condiciones morales, era á sus ojos tan imperdonable como el que inspiraba á los que le conocían: aquella alma sólo sabía odiar y sólo gozaba en el mal de todos.

El júbilo de Cilo fué, por tanto, inmenso cuando pudo cerciorarse de que aquel modesto albergue estaba ocupado solamente por tres mujeres: dos de ellas muy jóvenes y de una belleza extraordinaria, y la tercera de una edad más avanzada, aunque de figura esbelta y arrogante: las primeras, pálidas y delicadas; la otra de una constitucion fuerte y robusta: aquéllas, de modesto aspecto y voz tímida; ésta, de mirada altiva y firme entonacion.

Agazapado y metiendo los ojos por la estrecha rendija de la ventana, con el objeto de poder averiguar quiénes eran aquellas mujeres y lo que ellas hacían á la tenue luz de la lámpara que las alumbraba, Cilo representaba la semejanza del tigre que agarrado á los hierros de su jaula persigue con feroz y sanguinaria mirada á los curiosos que deseára devorar.

Desde luégo pudo ver que dichas mujeres se ocupaban en un trabajo de costura: el movimiento de sus brazos para las pa-

sadas de la aguja, y la blancura de la tela que descansaba sobre sus rodillas, se lo hubiera hecho conocer desde luégo, por más que ellas estuvieran situadas de espaldas á la ventana.

Cilo comprendió que su descubrimiento carecia de importancia. Ciertamente que allí se desacataba el cumplimiento de lo que estaba mandado; pero aquellas mujeres, que pasaban la noche entregadas á un trabajo propio de su sexo y necesario sin duda para el sostenimiento de sus existencias, serian consideradas con indulgencia por parte del magistrado.

Sin embargo, era tal su afan de sacar provecho de su descubrimiento, ó mejor dicho, era tal el instinto de ferocidad de aquel hombre que permaneció inmóvil junto á la ventana presintiendo poder explotar algun crimen que existiera entre aquellas tres inocentes criaturas. A pesar de sus ánsias, trascurrian las horas sin que ocurriese ninguna novedad: el trabajo continuaba sin interrupcion, oyéndose por intervalos alguna que otra palabra suelta, que Cilo escuchaba perfectamente, por más que nada extraordinario pudiese sorprender de la conversacion, que siempre se concretaba exclusivamente á calcular la hora que pudiera ser, como estímulo sobre la necesidad de apresurar la tarea.

Cilo empezaba ya á impacientarse y casi tenia perdida toda esperanza de provecho, cuando llegó á sus oídos el ruido de los pasos de una persona que se aproximaba á la casita.

— Si es un hombre y entra en esta casa, no habré perdido el tiempo del todo; — se decia Cilo. — Un hombre que á deshoras de la noche visita la morada de dos lindas jóvenes, da mucho que sospechar, y si por ventura mia el que llega fuese un jóven patricio recientemente revestido con la toga pretexta, en ese caso este jardin y esta casita serian de mi propiedad ántes de ocho dias; porque yo sabria probar de mil maneras que aquí se atentaba á la corrupcion, por parte de estas tres mujeres, contra la inocencia del jóven.

La mitad de los deseos de Cilo se cumplieron; los pasos que habia oido se dirigian en efecto hácia la casita; pero cuando penetró en la estancia el sujeto á quien esperaba con tanta ansiedad, reconoció con pena que era un anciano, cuyo modesto aspecto no le daba lugar para insistir en el proyecto de acusacion que habia imaginado pocos momentos ántes. Aquel anciano tenía tal representacion de santa dignidad, y sus serenas facciones atestiguaban tanta tranquilidad de conciencia, que Cilo comprendió, á pesar de todo lo que él era

capaz de imaginar con sus detestables y malignos pensamientos, que sería muy difícil poder acusar de ninguna cosa culpable á aquel hombre. Sin embargo, Cilo no habia perdido del todo sus esperanzas, y ya fuese bajo un aspecto ó bajo otro, se proponia insistir en sus perversos instintos, porque sabía muy bien que en el seno de las sociedades corrompidas y relajadas existen dos clases de crímenes: los que están condenados por los eternos principios de la moral y los que inventa la ley de los hombres por castigar actos que se opongan á determinados y privilegiados intereses. Los primeros no estaban borrados en los códigos de aquel pueblo; pero los segundos estaban previstos y clasificados por el tiránico gobierno de Caracalla con casuístico lujo de opresion.

La velada de aquellas tres mujeres constituia desde luego un delito que debia necesariamente venir á hacerlo más grave la presencia de aquel hombre. Cilo, pues, esperó.

Con la mirada fija sobre aquellos cuatro personajes, experimentaba aquel malvado el presentimiento de un infame lucro, como el perro de caza cuya nariz se ensancha al olfatear la pieza que aún no ha visto.

Las tres mujeres se pusieron en pié

cuando se presentó el anciano, y le saludaron con respeto dándole el nombre de Padre Saturnino. Las dos jóvenes se arrodillaron en seguida ante él y Saturnino extendió las manos sobre sus cabezas para darles la bendición. La otra mujer permaneció de pie sin hacer otras demostraciones, aunque á decir verdad, manifestaba con su actitud casi tanto respeto hácia aquel anciano como sus dos compañeras.

Saturnino, despues de haber pronunciado en tono de oracion y en voz baja algunas palabras, se volvió hácia la mujer que no se habia arrodillado y la dijo:

—Veo, Verónica, que habeis ayudado en su piadosa obra á vuestras jóvenes amas, aunque condenais las creencias y los sentimientos religiosos que las han impulsado á emprenderla.

—Yo no condeno las creencias ni los sentimientos de nadie, señor; —respondió Verónica —pero guardo y conservo los míos, que eran la fe de mis padres, como mis jóvenes dueñas siguen la ley en que nacieron.

—Dices bien, Verónica; la noble familia de los Faustos fué una de las primeras que se acogieron á la santa doctrina que el Señor me ha encargado la mision de propagar en esta tierra de desolacion. Desde la época de Neron data la fecha en que

esta noble familia abrazó la religion del Crucificado, á la cual han permanecido fieles todos sus descendientes durante más de doscientos años.

—Y siempre estarán dispuestos á morir en defensa de ella—añadió una de las jóvenes con voz tan dulce y tan delicada, que la palabra *morir* en aquellos labios tan puros parecia materialmente la manifestacion de un santo valor inspirado por la Divinidad.

—Dios, nuestro Señor, exige algunas veces de sus hijos grandes pruebas de fe; pero acude al socorro de todos ellos en sus aflicciones, y la historia de vuestra propia familia nos ofrece la mayor demostracion de lo que digo. No creo que tenga yo necesidad de recordárosla, porque vosotras la conoceis perfectamente y no debeis haber olvidado que aquella noble Chrysis, de la cual descendeis, sólo encontró en la santa doctrina de nuestra religion la fortaleza y los consuelos necesarios para poder soportar la ignominia que pesaba sobre su inocencia: y bien sabeis asimismo que su digno esposo Fausto, vuestro abuelo, no tuvo la resignacion suficiente para despreciar las murmuraciones de los malvados que le acusaban por haberse enlazado con una mujer víctima de los atropellos con que unos infames la habian deshonrado, sino

cuando las santas lecciones de nuestros apóstoles le hicieron comprender y enseñaron que la virtud es tanto más grande y meritoria á los ojos de Dios, cuanto más oculta é ignorada es á los de los hombres.

—Sí, padre mio; — dijeron á una voz las dos jóvenes.

Despues la que representaba ménos edad añadió:

—Ved ahora el fruto de nuestro trabajo y de nuestra velada; la blanca túnica de lino con que debeis revestiros mañana para celebrar la sagrada ceremonia de la Pascua, está casi acabada. Sólo faltan algunos momentos más de trabajo para que vos mismo podais llevárosla.

—Continuad, pues, hijas mias—dijo Saturnino; — porque yo he practicado ya todas mis visitas y necesito descansar algunos instantes.

Verónica ofreció á Saturnino un escabel ó banqueta, y las tres mujeres emprendieron de nuevo su trabajo.

Esta breve y sencilla conversacion quitó á Cilo toda clase de esperanzas; porque habia reconocido en Saturnino al humilde pastor eclesiástico del reducido número de cristianos que tenian el valor de profesar públicamente una religion que, aunque en secreto, contaba ya en su seno á la mayor parte de los habitantes de las Galias.

No quiere esto decir que hubieran terminado las persecuciones contra los cristianos; porque de cuando en cuando se decretaban dichas persecuciones por los emperadores; pero tambien es cierto que algunas veces los magistrados no prestaban obediencia ni ejecutaban las órdenes ó sentencias de prisiones, de destierros ó de martirios que se dictaban en Roma. En aquellos momentos históricos era cuando Caracalla tenia fija toda su atencion en los preparativos de la guerra que intentaba llevar al corazon de la Germania y se ocupaba muy poco del gobierno religioso de la Galia, cuyo Propretor no sólo no demostraba ninguna enemiga hácia los cristianos, sino que por el contrario, habia llevado su indulgencia para con ellos hasta el extremo de permitir á Saturnino que edificase, en un sitio próximo al famoso capitolio de Tolosa, una modesta y pobre iglesia, donde aquel virtuoso prelado predicaba sus doctrinas al abrigo de los insultos del populacho y de los ataques de los sacerdotes del paganismo. Esta manifiesta protección del gobernador de la provincia pretoriana no era debida á que dicho magistrado practicase en secreto la religion del Crucificado: tenia su origen solamente en el sentimiento de respeto y

veneracion que todo hombre de bien tributa á la virtud, sea cual fuere la religion y la divinidad que la inspire. Por esta razon los primeros cristianos merecieron durante mucho tiempo los homenajes de una respetuosa consideracion, áun de sus más encarnizados enemigos, y las persecuciones de que fueron víctimas frecuentemente, reconocieron por causa, más bien el ódio que inspiraban sus virtuosas costumbres á toda aquella corrompida sociedad, que no el temor ó el peligro que pudieran inspirar sus creencias y la nueva religion que profesaban.

Entre todos los cristianos de aquella comarca llamaba la atencion su jefe y pastor Saturnino, tanto por la superioridad de su espíritu, como por la pureza y santidad de su vida. Cilo no ignoraba esto y sabía además que si se formulase una acusacion ante los magistrados contra aquel venerable varon, no sólo sería rechazada, sino que daria lugar á que se le permitiera ejecutar á la clara luz del sol lo que en aquel momento practicaba en las sombras de la noche. Demas de esto, que la familia de los Faustos habia gozado siempre una muy alta consideracion en la provincia, hasta el punto de que, reducidos casi á la miseria sus últimos descendientes por las inmoderadas exacciones de Caracalla, inspi-

rabán no obstante la mayor veneracion y respeto.

El espía, sin embargo, meditaba si debía retirarse ó continuar su espionaje. El instinto del mal le detuvo en aquel sitio para poder sorprender la conversacion que siguió entre Saturnino y las dos jóvenes. La mayor de ellas, que se llamaba Sidonia, dirigió la palabra á Saturnino sin quitar la vista de la labor que traía entre manos, y le interrogó diciendo:

—¿Sería una indiscreta curiosidad, padre mio, el preguntaros qué suceso extraordinario os ha hecho dejar vuestra morada, en medio de la noche, para visitar á vuestros hermanos y llevarles vuestra santa palabra?

—No considero que sea un suceso extraordinario el que me ha hecho levantar de la tierra, donde me encontraba arrodillado y en oracion, para ir en busca de mis queridos hermanos. Ha sido una voz secreta la que me ha dado el aviso y me lo ha ordenado: una inspiracion divina que me ha anunciado el instante supremo de una separacion que yo creia no estar tan próxima y que ha de suceder muy pronto. Y como tengo el convencimiento de que ha llegado la hora en que otro pastor designado por el Altísimo ha de venir á sucederme para guiar á mis discípulos por el

camino de la santa religion que han seguido conmigo, he querido visitarlos para infundirles el valor necesario y para darles quizás mi última despedida.

—Qué horrible desgracia es ésa que nos anunciáis! —exclamó Valeria, la más joven de las dos hermanas. —¿Quereis acaso abandonarnos? ¿La voz del Altísimo reclama que vayais á visitar otras comarcas, para predicar en ellas la fe que aquí habeis hecho fecundar para toda una eternidad? ¿Esa voz divina os ha señalado el término de vuestros pasos?

—Si he de creer los anuncios de la celeste vision que ha descendido sobre mi espíritu durante mis oraciones, nada tengo que hacer léjos de estos lugares, y aquí ha de ser donde he de ejecutar los últimos actos que atestigüen el valor de mi fe.

—Qué quereis decir?—exclamaron las dos hermanas llenas de horrible temor;—presentis alguna nueva desventura?

—No, hijas mias; la desventura no cae sino sobre los malvados.

—Y tambien sobre los abandonados, padre mio;—dijo Valeria. —¿Qué será de nosotras y de nuestros hermanos si nos vemos todos privados de vuestra enseñanza y de vuestros santos ejemplos?

—¿Tan poco arraigadas están en todos vosotros mis doctrinas, que pueda perder-

se el fruto de ellas el día que os faltase mi palabra? En cuanto á los ejemplos que os ofrezco, hijas mías, quizás me tenga el cielo reservada la suprema dicha de daros el más glorioso de todos los que de mí habeis recibido. La corona del martirio es, á no dudar, demasiado esplendente y honrosa para adornar una frente tan humilde como la mia; y sin embargo, me atrevo á esperar que Dios la colocará en ella para que sus luminosos resplandores alumbren las tinieblas de las dudas en los espíritus de algunos, y afiancen á todos en la verdadera fe de nuestra religion.

—Segun eso, tendréis ya algunos motivos para temer que el pueblo ó los magistrados os acusen ú os maltraten?—dijo Verónica.—¿Habeis tenido secreto aviso de ello por algun amigo, ó es que habeis ya sido objeto de algun ataque?

—Buena mujer—respondió Saturnino, —el hombre no puede saber nunca cuál sea la voluntad y los decretos de Dios, á no ser que el mismo Dios se digne revelarlo.

—Ya lo sé yo muy bien todo eso—respondió Verónica con la ruda supersticion que demostraba en todas sus palabras.—Un sueño es á veces un buen aviso y hay algunos que resultan augurios infalibles; pero es necesario, sin embargo, no conce-

der á todas esas cosas más crédito del que sea conveniente. Muchas veces he soñado yo que se incendiaba la casa, lo cual es un pronóstico de riquezas, ó bien que los ratones me roían la punta de los zapatos, lo cual es un anuncio de muerte, y no por eso he adquirido riquezas ni he dejado de gozar buena salud.

—Callad, Verónica—replicó Saturnino; —y no confundais los pueriles engaños de vuestros falsos dioses con las augustas y santas verdades que el Supremo Hacedor se ha dignado anunciarnos.

—Vamos, padre, no digais eso: mis dioses son tan buenos como puede serlo el vuestro; solamente que como son más antiguos, empieza á olvidárseles.

—Que vengan esos demonios (1)—gritó Saturnino con un entusiasmo que anunciaba la exaltacion de su espíritu,—que vengan á mí para reducirlos al silencio y encadenarlos bajo mis piés.

—Yo lo creo, yo lo creo—contestó la imperturbable Verónica; — porque dicen que cuando vos pasais por la plaza del Capitolio para encaminaros á vuestra iglesia, los dioses del templo se estremecen sobre

(1) Los primeros cristianos consideraban á los dioses del paganismo, no como seres fabulosos, sino como verdaderos demonios rebelados contra Dios.—(N. del T.)

sus altares y los oráculos permanecen mudos hasta que os alejais, y no pueden ya escucharse las mágicas palabras que vais pronunciando.

—Si Dios ha concedido ese poder á mis oraciones, ¿por qué no abren los ojos á la fe los que perseveran en el error y en la herejía?

—Teneis razon — replicó Verónica;— pero bien sabeis que han existido otros hechiceros ó mágicos, que tambien fueron crucificados mucho ántes que ese á quien llamais vuestro Redentor, y que tienen un poder extraordinario. No léjos de aquí tenemos uno que hace palidecer, á su voluntad, la luz de la luna, y que ha convertido en cigüeña á la anciana esposa del Questor, la cual viene todos los años el día de su muerte á colocarse sobre el techo de la casa de su marido, lanzando desconsoladores gemidos.

—No es esta la primera vez que os oigo confundir las obras del espíritu de las tinieblas con las del espíritu de la luz.

—¿Y quién me asegura que seais vos la luz y que no lo sea....

—Silencio, Verónica—exclamó Valeria, que comprendió la indignacion de Saturnino.—No discutais sobre cosas que no entendeis: escuchad con atencion, si quereis, la santa palabra del venerable Pastor,

y pedid al cielo que ella os ilumine al fin como á nosotras.

Verónica movió la cabeza de un lado á otro para manifestar su incredulidad; pero no volvió á pronunciar ni una palabra más. Sidonia entónces dijo:

—¿Quereis decirnos, padre, dónde habeis escuchado esa voz celeste que os ha dado ese aviso, que yo no llamaré aviso fatal, puesto que viene del cielo, pero que no por eso dejará de ser una gran afliccion para vuestro rebaño, si se realizan sus anuncios?

—Ya os he dicho, hijas mias, que me encontraba en oracion, arrodillado sobre el pavimento de mi pobre morada y allí rogaba al Todopoderoso que me inspirase palabras persuasivas, para hablar dignamente de su gloria en el sermon que me proponia predicar durante las ceremonias del santo dia de mañana. Mi alma se habia elevado con amor al Altísimo, y me parecia ya como separada de mi cuerpo. Se me figuraba estar ante la Majestad Divina, invisible, pero presente, á quien mis ojos no podian distinguir en ningun lugar determinado, pero cuyos resplandores me inundaban de luz por todas partes: una celestial armonía, que no procedia de ningun sitio, aunque resonaba en todo el océano de brillante claridad que me rodeaba,

fué penetrando en mi sér lentamente, pero con un poder irresistible, que hizo que mi alma se estremeciera como si formára parte de aquellas divinas vibraciones. Despues, por encima de aquella dulce armonia, elevóse un sonido que yo no podria calificar como una voz, ni como una palabra, manifestándome cuál es la voluntad divina en estos momentos. Yo he comprendido lo que no ha sido pronunciado y he oido lo que no ha sido acentuado, es decir, que he participado de la verdad eterna penetrando en ella como la gota de agua que penetra y se confunde en el mar. De esta infinita é inmensa sensacion ha nacido en mi espíritu una convicción, una certeza y una fe que yo os traduzco en humano lenguaje para que podais comprenderla.—Gloria á tí, me ha dicho la conciencia de mi destino; gloria á tí, que has de atestiguar con tu sangre lo que has atestiguado hasta ahora con tu palabra: tú elevarás tu cabeza al nivel de la de los santos mártires despues de haber destrozado tus piés por los agrestes y espinosos senderos del apostolado, y serás admitido en el reino de los cielos despues de haber sido un rayo de luz divina enviado á la tierra para alumbrarla!—Sí, queridas hijas mias; yo he gozado este sublime éxtasis, que es sin duda alguna un sagrado

aviso, y me encuentro poseido de una confianza tal y de una fortaleza tan superior, que creeria haber desmerecido la proteccion y la bondad del Todopoderoso si me viese privado de los dolores y de los sufrimientos que deben abrirme el camino de la gloria eterna.

Miéntras que Saturnino relataba sus inspiraciones, las dos jóvenes hermanas lo escuchaban inmóviles y con la vista fija en sus ojos, que miraban al cielo llevando en sus pupilas, como en alas de fuego, las almas exaltadas de aquellas bellísimas virgenes. Hasta la misma Verónica, incapaz de comprender el significado de las místicas palabras que habia escuchado, se sintió dominada por la expresion de la fisonomía de Saturnino; porque revelaba aquel hombre tal inteligencia de la divinidad, y tenía todo su sér tal sello de la participacion del Dios excelente y bondadoso que le animaba, que la incrédula y la pagana se encontró penetrada por un destello de aquella misma fe y dejó marchar sus ideas por la órbita de aquel influjo religioso, como el planeta que obedece y gira en derredor del astro superior que lo domina.

Todo aquel poder y todo aquel influjo de la fe y de la bondad debia, sin embargo, embotarse ó extinguirse en la estúpida y perversa malignidad de Cilo, como las

olas encrespadas del mar al avanzar sobre la playa. Aquel hombre odioso, que no se conmovió por el entusiasmo de Saturnino y que no participaba de la fe de las dos jóvenes, ni del asombro de la esclava pagana, sólo tuvo una sonrisa de desprecio para todos los personajes á quienes vigilaba, y la primera reflexion que ocurrió á su mente fué una blasfemia.

—Tengo muchas ganas de probarte— murmuró Cilo—que mis actos valen más que tus predicaciones sobre las verdades de tu religion, y me atosiga el deseo de poder ofrecer pruebas irrecusables y sangrientas de lo que digo, á esos á quienes llamas hermanos tuyos.

Los medios de ejecucion eran los que faltaban al pensamiento de Cilo, á quien sólo le ocurría la idea de ir á denunciar las palabras de Saturnino como subversivas y sospechosas; pero algunas frases que pudo escuchar todavía le señalaron el camino que debia seguir para llegar al logro de sus deseos.

Un religioso silencio habia seguido á las revelaciones de Saturnino, y todos habian quedado como abismados en sus reflexiones, contemplando la triste y misteriosa actitud de aquel venerable anciano, que parecia estar elevado á la presencia de la divinidad en que habia sido iniciado. Las

dos jóvenes permanecían inmóviles, llenas de recogimiento y respeto, sin atreverse siquiera á levantar la vista del suelo; pero Verónica, que participaba no ménos también de aquellas meditaciones, balbuceó al fin con una voz que demostraba cuán grande habia sido el influjo que habia ejercido sobre ella la exaltacion del apóstol:

—¿Me permitís, padre mio—dijo,—que interponga un consejo inspirado sólo por la prudencia y sin ánimos de contrarrestar esas revelaciones sagradas, por medio de las cuales se manifiesta la divina voluntad de vuestro Dios?

Aquella era la primera vez que Verónica la pagana llamaba padre á Saturnino y se expresaba en aquellos términos.

—Hablad, hermana—contestóle Saturnino, que no tanto se atribuía el triunfo del cambio que observaba en el lenguaje de Verónica, como lo consideraba una prueba más de la bondad del Señor para sostenerle en el penoso trance de su mision.

—Pues bien, padre, paréceme que existe un medio bien sencillo de evitar los males que os amenazan; tan sencillo, que yo misma he podido concebirlo y que creo poder asegurar que sería suficiente para vuestra salvacion.

—Veamos—dijo Saturnino con bondadosa sonrisa.

—Se reduce, señor, á que deis un pequeño rodeo y cambiéis de camino.

—¿Qué quereis decir?—exclamó vivamente Saturnino, interrumpiendo á Verónica,—que yo abandone la senda que conduce al cielo?

—No; no es eso, padre—replicó Verónica con la prontitud de su carácter impaciente;— no he querido hablar de la senda que conduce al cielo, sino de la que debéis seguir cuando os encamineis á vuestra iglesia. Para dirigiros á ella pasais todos los dias por medio de la plaza del Capitolio, frente á los templos de Júpiter y de Diana, y todos los dias vuestra presencia es señalada con algun suceso extraordinario, que irrita y exaspera en alto grado la cólera de nuestros sacerdotes. Evitad esas públicas provocaciones que pudieran considerarse como retos á la autoridad que representan, y el descontento y las iras que ellos intenten levantar contra vos entre las masas populares carecerán de pretexto, y las desgracias que todos tememos no podrán ya amenazarnos.

—La única desgracia que yo debo temer—contestó Saturnino—es la de no seguir siendo digno de que el Señor me conceda el santo martirio que me ha sido prometido, y yo sería ciertamente merecedor de esa desgracia, si practicase los culpa-

bles consejos que he escuchado de tus labios, y que te perdono, porque no puedes comprender todo lo que encierran de indigno y de ofensivo.

—Sin embargo, padre mio—se atrevió á decir tímidamente Valeria,—esa precaucion sería bien poca cosa.....

—¡Poca cosa!—replicó Saturnino con severo acento.—¡Poca cosa! ¿acaso es poco hacer retroceder al verdadero Dios, en la persona de su representante, ante esos ídolos malditos que son la personificación de los demonios? Fortalecido con el amparo de Dios y defendido con la santa oracion, ¿habia de faltarme valor para desafiar á sus enemigos? Ese valor heroico que la defensa de su propia dignidad inspira á los hombres más vulgares, ¿no habia de tenerlo yo, cuando se trata de la Majestad Divina y del triunfo de su causa? No, hijas mias, no. En el día de mañana, como siempre, yo atravesaré por medio de la plaza del Capitolio, y si es ése el lugar que Dios ha señalado como término de mi peregrinacion y de mis trabajos, yo seré fiel á sus mandatos y acudiré sumiso á su llamamiento. No olvidéis, sin embargo, que yo os espero en la casa del Señor, y que mañana es el santo día de la pascua en que los cristianos deben comparecer ante Dios, practicando el sacramento de la Comunión

y afianzando así los sagrados lazos que os unen á su Iglesia.

Saturnino se puso de pié despues de haber pronunciado esas palabras, tomó de manos de las jóvenes la blanca túnica de lino con que debia revestirse al dia siguiente, y salió de la casita al despuntar el alba.

Al mismo tiempo se deslizaba con precaucion un hombre á lo largo de la cerca que rodeaba el jardin, y bien pronto desapareció por entre las casas que se levantaban próximas á la orilla del Garona.

II.

Aquel hombre que escapaba, ó mejor dicho, qué se deslizaba protegido por las sombras, era Cilo, á quien las últimas frases de Saturnino habian inspirado un infame proyecto que ardia en deseos de poner inmediatamente por obra. Al efecto, sin detener su ejecucion, se alejó de aquel barrio, donde no habitaban más que pescadores y marineros, y se encaminó hácia otra parte de la ciudad, ocupada casi exclusivamente por tejedores y obreros de las muchas fábricas de telas que existian por entónces en Tolosa.

En todas las épocas se ha venido observando constantemente que existe una no-

table diferencia de caractéres y de sentimientos entre los hombres que se dedican á trabajos mecánicos ó de manipulacion y aquellos otros que viven y se ganan el sustento con trabajos corporales y penosos; diferencia debida sin duda á la accion eficaz de estos mismos trabajos. Así vemos que todos aquellos cuya profesion ú oficio exige el violento empleo de grandes fuerzas físicas, son, por regla general, de un carácter más brusco, pero á la vez más prudente y moderado que el de los que se dedican á operaciones y trabajos sedentarios. Quizás los primeros agotan y consumen, por decirlo así, el gérmen de las malas pasiones por virtud de las fatigas corporales que sufren, miéntras en los segundos se desarrollan y fecundan con el reposo los deseos más ardientes y desenfrenados; y si algunas veces una salvaje brutalidad se manifiesta en aquéllos, en cambio éstos otros practican siempre todos los vicios y son los representantes de las costumbres más disolutas.

Las ciencias morales han intentado explicar el fenómeno de esas diferencias, achacándolo al aislamiento en que se encuentra por lo comun el batelero ó el campesino durante sus faenas, aislamiento que da lugar, casi siempre, á meditaciones donde dominan sanos y honrados

pensamientos; en tanto que la reunion de muchos obreros en un taller provoca perpétuas discusiones, que destruyen y vician en sus espíritus los principios de virtud que debian dirigir sus actos.

Las ciencias médicas parece que nos dan mejor explicacion de ese resultado, atribuyendo que el desarrollo de las fuerzas musculares absorbe ó consume cierta parte de sensibilidad en el hombre dedicado á rudas faenas, y que, por el contrario, un estado ó una ocupacion sedentaria produce en la mayoría de las naturalezas la constante excitacion del sistema nervioso; porque se observa que las fuerzas físicas, léjos de acrecentarse con el trabajo de los talleres, disminuyen sensiblemente y concluyen por ofrecernos el aspecto de esos pueblos enervados, marchitos, lívidos, débiles y enfermizos, cuyos individuos, sin embargo, son esclavos de todas las pasiones.

Sea cual fuere la verdadera razon del hecho y de su causa, es lo cierto que ha sido así observado en todas las épocas y en todos los tiempos; y si Pausanias designaba el cuartel de los tejedores de Aténas como el teatro de las más pervertidas costumbres, llevadas á un exceso que no cometeríamos la inconveniencia de bosquejarlas, Cilo sabía tambien que encontraria

las mismas disposiciones entre los mismos hombres de Tolosa.

Es necesario, además, añadir otra observación, cual es la de que las ideas religiosas están más arraigadas ó son más fáciles de nacer en los hombres cuya existencia ó sustento depende de una tempestad y de una buena ó mala cosecha, que no en los que con tiempo bonancible ó borrascoso pueden sosegadamente calcular todos los días las probabilidades de sus ganancias y de sus recursos, según la cantidad ó medida de su trabajo. El marinero, el pescador, el campesino, cuyas riquezas ó miserias descienden visiblemente del cielo con el viento, la lluvia y los rayos del sol, dirige natural é inevitablemente todas sus miradas á ese Gran Poder desconocido que habita en las alturas. El obrero de taller, que tiene sabido lo que infaliblemente le producirá cada minuto del día, según quiera ó no emplearlo en su provecho, se imagina que puede pasarse muy bien sin necesidad de implorar los socorros de ese Gran Poder, y casi por lo común es en sí mismo en quien deposita toda su fe.

Dadas esas disposiciones comunes á todos los siglos y á todos los pueblos, debe comprenderse que la nueva religión de los cristianos hiciera más prosélitos entre esas

clases fuertes y sufridas, deseosas de estar siempre, por decirlo así, en contacto con el cielo, que no entre los que nada tenían que esperar de él, puesto que no debían temer ni aún los calores tan molestos para el trabajo, porque los tejedores tenían sus talleres en unas especies de cuevas ó sótanos, construidos debajo de tierra.

De seguro que la limitada ilustracion de Cilo no penetraba en todas estas reflexiones para encaminarse al barrio de los tejedores; pero en cambio sabía de sobra que allí era donde había de encontrar hombres turbulentos y sediciosos, para quienes el desórden y las asonadas serían un eficaz incentivo. Así, pues, tan luego como llegó á dicho barrio, penetró en una especie de figon ó taberna, donde ya se encontraban algunos de esos obreros, y en poco tiempo se reunieron otros muchos, según lo tenían por costumbre cuando se acercaba la hora de marchar á los talleres. Por la virtud de algunas monedas que Cilo gastó para convidar á unos cuantos, entabló bien pronto conversacion con todos ellos; y aquel ente deforme y miserable, que en cualquier otro lugar hubiera sido objeto de desprecio y desvío de las gentes, fué acogido con benevolencia en la sociedad de hombres tan débiles y degenerados como él, y como él también lle-

nos de odio y envidia contra todo ser fuerte, ágil, robusto y bien conformado. Ellos y él se entendieron en seguida perfectamente, y habiéndose quejado algunos de la pobreza y escasez de los tiempos, lamentos constantes de todas épocas, y en todas las épocas lamentos fundados, Cilio achacó á la miseria que se padecía causas ú orígenes que fueron aprobados por todos con general asentimiento, porque de ellos nacian nuevos motivos de odio y nuevas necesidades de venganzas.

— Nada debe extrañaros ni sorprenderos, —decia— que las ricas telas no tengan hoy buen mercado y que el comercio, del cual depende vuestra subsistencia, toque á su completa ruina. Reparad cómo nuestros magistrados y ricos patricios reducen todos sus gastos y cada cual de ellos parece conformarse y estar muy satisfecho con su traje de jerga ó á lo sumo de paño; la púrpura y las telas de seda casi no se ven más que en los templos y en los espectáculos públicos: ¿y por qué? porque á unos cuantos miserables, que se dan el nombre de cristianos, les ha dado la manía de exaltar la pobreza y la humildad como una gran virtud, predicando que la abstinencia de todas las cosas agradables es el primer mérito del hombre.

Los obreros escuchaban con atencion,

apoyando los codos sobre la mesa en que Cilo les habia hecho servir algunos jarros de vino, y desde luégo demostraron su aprobacion á la prinera parte del discurso de éste, quien convencido de ir ganando voluntades, continuó:

— Pero lo que áun es más lamentable es que el mal que amenaza reducir á la miseria más cruel una gran parte del pueblo, y ciertamente la mejor y más digna de atenciones, vosotros todos, amigos míos; lo que es áun más lamentable, digo, es que tal estado de cosas sólo se debe á la influencia y predicaciones de un solo hombre, contra quien no sería difícil alcanzar reparacion y justicia.

Todos miraron á Cilo con admiracion, y cien voces le demandaron que pronunciase el nombre del magistrado á quien debia acusarse.

— No es un magistrado ni mucho ménos, — replicó Cilo; — es simplemente un miserable aventurero que sólo hace siete años que vino á establecerse en nuestro país. Vosotros, los que habitais aquí toda la vida, decidme: ¿qué cristianos habia en Tolosa ántes de su llegada? Sólo unos cuantos pobres marineros, especie brutal y salvaje, sin inteligencia, que no saben hacer otra cosa más que manejar un remo ó cargar con un fardo. Poco podia importaros

entonces ni el número ni la calidad de esos nuevos sectarios; mas hoy el atrevimiento y la audacia de Saturnino ha logrado que las más nobles y ricas familias escuchen y atiendan sus preceptos practicando sus doctrinas. Algunas de esas personas lo declaran así, sin temor ninguno: la mayor parte de ellas no se atreve todavía á profesar públicamente la nueva religion; pero los que no tienen el valor de confesarlo con sus palabras, lo atestiguan con sus acciones. Como consecuencia de todo esto, decidme, ¿qué ha sido de aquellas espléndidas fiestas en que todos pretendian sobrepujarse y vencer por su lujo y elegancia? ¡Ah! ¡ya hoy no estamos en aquellos tiempos! Entonces con sólo unas cuantas horas al dia de trabajos poco penosos, asegurabais un jornal suficiente, y aún sobrado, para vuestras necesidades; mientras que ahora teneis que abandonar vuestros lechos ántes de la salida del sol y trabajais sin cesar todo el dia, para fabricar una mercancía cuya venta es dudosa é insegura, por las razones que acabo de explicar.

— ¡Es cierto, es cierto! — exclamaron algunas voces; — si los ricos se convierten todos al cristianismo, ¿qué será de nosotros?

— Yo no puedo deciros cuál será vuestra

suerte — dijo Cilo ; — pero en cambio puedo aseguraros que estais amenazados de una inminente ruina y de una espantosa miseria , si dejais escapar el último recurso con que os brinda la oportunidad en estos momentos.

— ¡ Habla , habla ! — gritaron todos.

— Lo que voy á manifestaros no es una mentira , ni una falsedad — continuó Cilo ; — es , por nuestra desgracia , muy cierto , y todos vosotros podeis ser hoy mismo testigos de ello.

— ¿ De qué , de qué ? — volvieron á gritar todos.

Cilo conocia perfectamente todo el poder y la seducción de una curiosidad hábilmente excitada ; pero sabía tambien que no es conveniente en esos casos perder el momento ó la oportunidad de hablar. Así , pues , sin detenerse un instante , se levantó de su asiento , y apoyándose sobre la mesa en el centro de su auditorio , procuró dar á sus palabras una entonacion animada , y con voz familiar , como si hablase á íntimos y antiguos amigos , dijo :

— Veamos , camaradas : ¿ quiénes son los que todavía compran las preciosas telas que fabricais y los que las pagan á crecidos precios ? Únicamente los sacerdotes de nuestro culto , á quienes el lujo de nuestras solemnes ceremonias les prescribe

el uso de ricos y espléndidos trajes. ¿No es cierto?

— ¡Es verdad!... ¡Es verdad! — repitieron los tejedores.

— Hay también otros que todavía conceden alguna protección á vuestro trabajo y á vuestra industria: éstos son los que, fieles al culto de nuestros dioses, procuran dar esplendor y magnificencia á las ceremonias y sacrificios, concurriendo á estas solemnidades con ricas vestiduras; pero ¿cuál será vuestra suerte el día que tales actos y fiestas dejen de celebrarse, ó el día que no sean más que objeto de mofa y de desprecio?

— ¡Eso es imposible! — replicaron los obreros.

— ¡Ah! vosotros lo creéis así, porque no sabéis que hace ya algún tiempo que han enmudecido los oráculos y que los mismos dioses permanecen silenciosos, siendo en vano las consultas y las oraciones de nuestros sacerdotes.

— En efecto — exclamó uno de los tejedores, — yo he oído hablar algo de eso, que ha sido siempre el funesto presagio de alguna gran calamidad.

— Pues bien; ya sabéis que hoy deben ofrecerse importantes sacrificios á Júpiter y á Diana, para que se aplaque la cólera de estas divinidades, y se espera que, por

virtud de la sangre esparcida sobre sus altares, nos sea devuelta su proteccion; pero se espera en vano, miéntras permitan que viva un hombre que se jacta de hacer enmudecer á nuestros dioses.

— ¿De hacerlos enmudecer?...

— Ciertamente; y ese hombre es Saturnino, el cual ha prometido con los más execrables juramentos que, al atravesar hoy mismo la plaza del Capitolio, ahogará la voz de nuestros oráculos en el momento que se le antoje, merced á los sortilegios y brujerías que ha de emplear.

Todos se miraron con espanto unos á otros, y ya se disponian á preguntar á Cilo de qué medios se habia él valido para saber eso; pero el muy astuto, anticipándose á unas observaciones que le hubieran colocado en grave aprieto, añadió con prontitud:

— Por lo demas, ya os he dicho, y os lo repito, que si alguno pone en duda mis afirmaciones, puede cerciorarse de ellas muy fácilmente, asistiendo hoy mismo al templo y observando los acontecimientos extraordinarios que sucederán cuando ese hombre funesto se presente en la plaza.

— ¿Y por qué nuestros sacerdotes no castigan al culpable?

— ¿Cómb quereis que lo castiguen cuando les consta que Saturnino goza la pro-

teccion de los magistrados? Seguramente que nuestros sacerdotes tendrian el valor necesario para intentar librarnos á todos de ese miserable, si contáran con un apoyo tan eficaz como el que vosotros podriais darles; pero ¿quién de vosotros les prestará ayuda?

— ¡Todos, todos! — gritaron los obreros. — A la hora de las ceremonias nos encontraremos todos en la plaza del Capitolio, dispuestos á cuanto sea necesario.

A estas promesas siguieron las amenazas más terribles contra Saturnino, y poco á poco la excitacion producida por el vino y por las peroraciones de Cilo inflamó en los corazones de aquellos hombres un furor que bien pronto se comunicó y extendió por el barrio entre todos sus compañeros.

Cuando los vió Cilo en aquellas disposiciones, que juzgó favorables á su proyecto, separóse de ellos y se encaminó á la morada del Gran Sacerdote de Júpiter.

Dicho pontífice era un hombre que habia desempeñado en la colonia los cargos de questor y de edil, sin otros méritos que los de la nobleza de su nacimiento y familia; pero habiendo demostrado su incapacidad para el ejercicio de tales funciones, se le habia encomendado aquel título religioso con el objeto de satisfacer su vanidad,

poniendo coto á sus ambiciones. Sin embargo de esto, Laertes, que así se llamaba el Gran Sacerdote, se mostraba descontento porque sus atribuciones realmente no le concedían autoridad ninguna en el órden gubernativo ni en el judicial, y estaba, á decir verdad, algo celoso de la que veía ejercer por otros hombres de inferior clase que la suya. Con este motivo habia procurado captarse las simpatías del pueblo y conquistar sufragios con la pompa y magnificencia de los sacrificios que frecuentemente ofrecía á los dioses; pero no por eso conseguía ver más concurridos los templos, y si habia hecho que enmudecieran los oráculos divinos, habia sido tan sólo con la intencion de dar á entender que las divinizaciones manifestaban así su enojo por el poco caso que se hacía de un hombre de sus prendas.

Cuando le anunciaron que Cilo pretendía de él una audiencia, acababa de arreglar las últimas disposiciones de las ceremonias que tenía preparadas. Aquel dia debían los dioses manifestar su voluntad: favorables augures habian anunciado que las divinidades estaban agradecidas, ya hacía algun tiempo, á las ofrendas del pontífice, y los oráculos debían hacer al pueblo la revelacion de que Laertes era un hombre muy agradable á los cielos, y

que los negocios y empleos que se le confiáran, por el voto de sus conciudadanos, tendrían la protección de los dioses.

Era preciso que Cilo le hiciese variar todos sus preparativos y todos sus planes; y en efecto, el espíritu astuto y sutil de aquel hombre, pesando sobre la grosera y limitada inteligencia de Laertes, obró como una poderosa palanca, desviándole completamente de sus pensamientos sin grandes esfuerzos.

Para lograr este resultado empezó Cilo por lisonjearle, persuadiéndole de que era objeto del amor y de las simpatías de todo el pueblo, el cual sufría ya con impaciencia la administración y la autoridad de ciertos hombres á quienes se consideraba en general como usurpadores de cargos que él solo era digno de desempeñarlos. En seguida le explicó que si esos hombres se habían hecho abominables para la mayoría de sus conciudadanos era porque directa ó indirectamente protegían los progresos de la nueva religión. Con este motivo, y habiendo conducido Cilo la conversación al punto que le interesaba, repitió á Laertes bajo todas las formas posibles y más persuasivas, que el pueblo no tenía ya esperanzas en nadie más que en sus sacerdotes, y que estaba dispuesto á probar esos sentimientos con eficaz testimo-

nio, si él mismo queria provocar alguna manifestacion en ese sentido. Finalmente, Cilo refirió á Laertes las mismas noticias que habia ya esparcido en el barrio de los tejedores, denunciándole los propósitos de Saturnino y la insolencia y atrevimiento con que éste se jactaba de hacer enmudecer á los dioses.

Al oír esto asomó á los labios de Laertes esa sonrisa presuntuosa y fatua, propia de todo hombre necio, y respondió:

— ¡Bah! Los dioses hablarán cuando á mí se me antoje y siempre que yo quiera.

— ¿Quién lo duda? — replicó Cilo. — Pero si los dioses hablasen podria creer el pueblo que se habia por fin aplacado la cólera de los cielos, y no infundiria ningun temor ni la conducta de ese Saturnino, ni la de los que le protegen. Por el contrario, si se demostraba que los dioses guardaban silencio en su presencia, como él se jacta de conseguirlo con sus oraciones, no quedaria duda ninguna al populacho del funesto poder de ese hombre, de quien pronto habia de tomar terrible venganza, y ya una vez desencadenados los odios y lanzados los ataques contra Saturnino, es indudable que serian envueltos los protectores en la ruina del protegido.

La esperanza de que esto pudiera suce-

der halagó en extremo á Laertes, quien, seducido por las observaciones de Cilo, llamó en el acto al encargado de presidir el orden de los sacrificios, para comunicarle nuevas y diferentes instrucciones de las que ántes le tenía dadas. Esto no significaba, sin embargo, que Laertes participase de la opinion que Cilo se proponia inspirarle, sino que su vanidad y su orgullo se habian excitado ante la idea de llegar á ser, bajo cualquier pretexto, el móvil de una manifestacion popular. Así, pues, sin tener para nada en cuenta la inocencia ni la virtud del hombre á quien iba á exponer á los furores de unos cuantos miserables capitaneados por Cilo; sin considerar tampoco las desgracias ni los conflictos que pudiera ocasionar un movimiento popular, que él era incapaz é impotente para moderarlo ó reprimirlo, cayó en los lazos que le habia tendido el delator.

Cilo tenía el instinto del mal y de la perversidad, y entre una buena ó una infame accion hubiera siempre dado la preferencia á esto último; pero á pesar de estar satisfecho en este sentido, pretendia ademas que su maldad no resultase estéril y que le produjese algo más que el ódio de aquellos á quienes sacrificaba, y que el desprecio

de aquellos otros á quienes fingia servir. Así es que cuando vió á Laertes interesado en el éxito de los proyectos que él habia formado contra Saturnino, abordó resueltamente la cuestion de la recompensa que esperaba obtener. La repuesta de Laertes fué tal como la habia previsto Cilo, que desde luégo estaba tambien dispuesto á no conformarse con ella.

— Te corresponden y debes obtener los bienes todos de la persona á quien has denunciado — le dijo el Gran Sacerdote

— En primer lugar — replicóle Cilo — los bienes que posee Saturnino se reducen al miserable albergue donde habita y á la casita ruinosa que él designa con el pomposo título de templo cristiano. Estos bienes serian, por tanto, una recompensa que no corresponderia dignamente al importantísimo servicio que yo voy á prestarte; pero tú ovidas, por otra parte, que aun esa mezquina recompensa me sería negada, porque no se trata aquí de una acusacion legalmente formulada ante los magistrados, de la cual se origina un juicio, en el que sale condenado el culpable á pagar el premio de la delacion: éste es un procedimiento muy distinto. Pudiera suceder tambien que el populacho hiciera pedazos al mismo Saturnino despues de haber demolido su casa y su iglesia, sin

que esto me produjese un óbolo (1), y sin que nada hubiera sobre qué reclamar. De tí, pues, únicamente puedo yo recibir lo que deba dárseme.

— Comprendo perfectamente lo que dices, y en verdad que no habia tenido yo presentes esas razones; pero tambien quisiera que me demostráras cuáles sean las ventajas que me ofrezca el dejar que estalle una tempestad que puedo impedir exclusivamente con mi voluntad.

— ¿Qué ventajas? — replicó Cilo — ¿Y si la persona que ha convencido al pueblo de que tú eres su única esperanza volviese á decirle que tú eres, movido de tu ambicion, quien haces enmudecer á los dioses? ¿Y si se le demostrase á las masas que en vez de servir sus intereses, cuando pretenden desembarazarte de un sedicioso, tú te muestras débil y cobarde, abandonando la causa del pueblo y la tuya propia? ¿Crees tú que ese pueblo inconsecuente y voluble no acudiría de seguida en busca de ese Saturnino, que predica sin cesar inculcando las ideas de que para los pobres es el reino de los cielos? ¿No consideras que ese mismo pueblo acudiría en tropel á tributarle los dones y homenajes que tú no

(1) Moneda ateniense aceptada en Roma, que equivale á seis maravedís de la nuestra.— (N. del T.)

quieres asegurar á costa de un pequeño sacrificio? ¿No meditas que tras eso alcanzará Saturnino los sufragios para ocupar los puestos á que tú aspiras, y añadirá á la humillacion que ahora sufres al verte preferido por hombres que no te igualan ni en nacimiento, ni en ciencia, ni en fortuna, la más cruel humillacion de verte tambien postergado por un miserable extranjero, que se mofará de tí cuando escale las gradas del tribunal cuyo asiento debieras tú ocupar?

—¿Pero quién puede decir todo eso al pueblo? — exclamó Laertes alarmado y estuperfacto.

— ¡Yo! — respondió Cilo con la mayor insolencia y desfachatez. — Yo he sido comisionado por el pueblo para venir á conferenciar contigo, y estoy obligado á comunicarle tu contestacion. ¿Piensas acaso que yo me hubiera atrevido á llegar hasta tí si no fuera el intérprete de la opinion pública?

Laertes abrió desmesuradamente los ojos manifestando su asombro por haber sido objeto de las esperanzas del pueblo, sin que él mismo se hubiera podido apercebir de ello.

Despues que se hubo repuesto un poco de su sorpresa, tomó un aire de ridícula importancia, y dijo á Cilo:

—¿Y puedes decirme quiénes son los dignos y respetables ciudadanos que han puesto en mí sus esperanzas?

—¿Crees que sería prudente, por mi parte, que yo te los nombrase, cuando todavía no me has dado garantías de que no sólo apruebas sus proyectos, sino que estás dispuesto á secundarlos?

—¿Y cómo podrán ellos saber mi resolución?

—Todos darán fe y crédito á las promesas que yo les haga en nombre tuyo.

—En ese caso, yo te autorizo para decirles todo cuanto tú consideres conveniente.

Laertes pronunció estas últimas palabras queriendo poner término á su conferencia con Cilo; pero éste, en vez de abandonar la estancia, como Laertes habia creído que lo hiciera, permaneció de pié delante del Gran Sacerdote, el cual se vió precisado á preguntarle qué otra cosa deseaba todavía.

—Yo tengo precision—respondió Cilo—de poder hablar á los que me han enviado en estos términos:—«No solamente aprueba Laertes vuestros proyectos, sino que además desea recompensar vuestros servicios, y ved ahí lo que me ha encargado que distribuya entre vosotros.»—Si yo pudiera hablarles de esa manera y

mostrarles una bolsa como la que estoy viendo sobre aquella mesa, cuyo dinero distribuiria entre ellos, no podrian ya dudar de tus buenas intenciones, y tú serias, no solamente el honrado y virtuoso Laertes, sino el divino Laertes. ¡Oh!... ¿quién sabe entonces hasta dónde podria elevarte el favor popular de las masas, exaltadas y seducidas á costa de tan pequeño sacrificio? El divino Julio César, que fué, como tú lo eres ahora, Gran Sacerdote de Júpiter, obtuvo por medios idénticos la dignidad consular que le habia sido negada muchas veces, y si luégo llegó á ser dictador, debiólo, en primer lugar, al mérito de sus liberalidades y al irresistible poder de los dineros que distribuyó.

Las absurdas esperanzas en que se inspiran los necios exceden á todo cuanto pueda imaginarse un hombre honrado y de recto juicio; pero la astucia de los que se ejercitan en el comercio de las adulaciones, tiene muy aprendido que éstas son siempre acogidas con agrado en el ánimo de los mentecatos, por muy estupidas y exageradas que ellas sean. Las palabras de Cónsul y de César aturdiéron materialmente á Laertes y le fascinaron. Desde aquel momento sólo vió en Cilo al único hombre que le tributaba los honores y la consideracion á que él mismo

se juzgaba acreedor, y exclamó en un arranque de frenético entusiasmo.

— Tú eres el hombre que yo necesito, y no puedo ya dudar que los dioses te han concedido la facultad de penetrar en mis intenciones y pensamientos. Estos estúpidos habitantes de Tolosa no juzgan del mérito de ciertos hombres más que por sus actos en el desempeño de un cargo mezquino y de reducidas atribuciones, siendo incapaces de comprender y de apreciar el genio y la superioridad de los que pueden aparecer como inhábiles ó poco aptos, para llevar la cuenta de los pequeños gastos de una ciudad, cuando poseen dotes y sabiduría para gobernar un imperio.

— Y tú eres el hombre en quien yo reconozco esas condiciones — dijo á su vez el astuto Cilo. — Ya hace mucho tiempo que te observo y estudio, viéndote marchar con tus proyectos por la senda de la fortuna y de la gloria. Con el reducido poder y con la mezquina autoridad que representas has conseguido, sin embargo, que todas las miradas se fijen sobre tu persona; y el silencio de los dioses, que es obra tuya, ha sembrado el espanto y la alarma en Tolosa. Considera, pues, si tuvieras un poder más directo, y si dispusieras de las legiones ó del gobierno de la

colonia, todo lo que podrias intentar con tales elementos, cuando tanto y tanto has conseguido ya sin otros recursos que tu genio. ¡Oh, Laertes! no dejes escapar la gloria y los honores que te están reservados: ha llegado el momento de realizar todas tus esperanzas: ¡hoy ó nunca! Yo te ruego en nombre del pueblo que nos demuestres á todos ser digno de los juicios que hemos formado de tí.

—Vé sin detenerte, gritó Laertes, tomando la bolsa de dinero que estaba sobre la mesa y entregándola á Cilo.—Agrega á esa suma estos otros donativos, añadió, poniendo en sus manos algunas joyas que sacó de una preciosa caja. —Vé, pues, y ten la seguridad de que en el dia del triunfo no he de olvidar al hombre que ha sido el primero en reconocer mis méritos y en vengar la injusticia de que hasta hoy he sido víctima por parte de mis conciudadanos.

Cilo se alejó precipitadamente dirigiéndose, no al barrio de los tejedores, sino á la guarida que le servia de habitacion, donde ocultó cuidadosamente el oro y los presentes que habia recibido de Laertes. Allí á sus solas se mofaba de la necedad de éste, cuando su avaricia y concupiscencia le hicieron meditar que no habia sacado de aquel hombre todo el provecho de que po-

dia utilizarse. Insistiendo en estos pensamientos, empezó á considerar como una recompensa mezquina el dinero y las alhajas que habia obtenido, y se puso á estudiar los medios de que podria valerse para explotar de nuevo á Laertes; pero no encontrando ninguno eficaz para inducir á éste á que hiciese más sacrificios de los que habia hecho, se le ocurrió la idea de utilizar contra el gran sacerdote los proyectos que él mismo le habia sugerido. Esto no solamente era posible, sino en extremo fácil; pues bastaba formular una denuncia á los magistrados, probándoles que Laertes fomentaba una sedicion popular. Esta prueba, que era difícil ofrecerla si la denuncia se hacía ántes de que ocurriera algun suceso extraordinario, sería innecesaria y por sí sola se presentaria si se dejaba estallar el movimiento. Cilo salió, pues, de su morada proponiéndose obrar segun lo aconsejasen las circunstancias, hallándose dispuesto á aprovechar la primera ocasion favorable que se le presentase para perder á Laertes en el momento mismo que éste se comprometiese con algun acto público.

Existen ciertos caractéres que parecen inexplicables. El de Cilo calculando con estoica sangre fria lo que podria producirle la muerte de Saturnino y más tarde la

del mismo Laertes, pareceria tan inverosímil como odioso, si la historia no nos presentase el ejemplo de otros semejantes.

Bajo el gobierno de los emperadores habia llegado el pueblo romano á tal grado de vicios y de desmoralizacion, que la delacion habíase convertido en un oficio que se profesaba descaradamente; pero lo que no se comprende, lo que no se explica y lo que excede á la idea de inmoralidad que pueda formarse de aquella época, es que continuase ejerciéndose tal profesion, cuando ya no sólo no producía utilidades ningunas, sino que, por el contrario, acarrea perjuicios y desgracias. Cuando algun tiempo despues, queriendo los gobiernos extirpar el vicio de las delaciones, se publicaron rescriptos imponiendo la pena de muerte á todo aquel que delatase á un conciudadano, esto no detuvo ni atajó las consecuencias de aquel vicio, que se habia convertido en pasion y en delirio, viéndose á muchos que compraban gustosos, á costa de sus propias vidas, el mal que se proponian causar á sus enemigos, formulando contra ellos una denuncia.

Quizás no llegase á tanto nuestro Cilo, por efecto de su propia cobardía; pero puede juzgarse de la facilidad con que aquel hombre se decidia á ocasionar males, cuando éstos le proporcionaban algun

provecho, si se tiene en cuenta que las vidas de muchos habian sido inmoladas por su solo placer de dañar.

III.

Entre tanto, habia llegado la hora de las ceremonias, y miéntras que por una parte se llenaba de fieles el pequeño recinto de la iglesia cristiana para asistir á la solemne celebracion de la Santa Pascua, una multitud considerable de gente se encaminaba en direccion á la plaza del Capitolio y se agolpaba junto á las puertas del templo de Júpiter.

El aspecto que ofrecian ambas reuniones era, sin embargo, bien contrario; porque en la primera podia contemplarse un solemne recogimiento, un humilde silencio, gentes vestidas con pobreza, aunque con decoro y decencia, y en la segunda se observaba una mezcla de lujosos trajes y de vestidos harapientos, unos y otros llevados con impúdico talante por aquella muchedumbre inquieta y turbulenta, que lanzaba gritos desenfrenados é insultantes.

Otro contraste áun más característico las distinguia. Los cristianos veian retrasarse la hora en que debia llegar su pastor ó sacerdote, y léjos de murmurar por ello, estaban alarmados y temerosos; miéntras

que el populacho que invadía la plaza del Capitolio daba escandalosas muestras de su impaciencia y exigía con desaforadas vociferaciones que diesen principio las ceremonias.

Por fin abriéronse las puertas del templo pagano, y precipitóse dentro de él una avalancha de ciudadanos, quedando una gran parte de ellos en el peristilo y gradas del edificio. Podía fácilmente adivinarse, por la actitud de estos últimos, que algo extraordinario debía suceder en el exterior del templo.

Acto seguido, estando colocados los sacerdotes inmediatos al altar, penetraron por una puerta lateral los sacrificadores, conduciendo varios toros de extremada fiereza, á cuyas bestias contenían con gran trabajo, á pesar de las trabas y fuertes yugos que las sujetaban. Pronunciadas que fueron las invocaciones de costumbre, dió Laertes la señal, levantando en alto el baston de marfil que tenía en la mano, y uno de los sacrificadores descargó un tremendo golpe de maza en la cabeza de una de las reses, que cayó atronada para que otro sacrificador le hundiese en el cuello una ancha cuchilla de bronce. La sangre que brotó de la enorme herida fué recogida en un vaso sagrado, y con aquel humeante licor regaron el altar de los dioses.

En aquel momento pareció como que se conmovía todo el templo hasta en sus cimientos, y al mismo tiempo resonaron en el espacio tremendos ecos y extraños sonidos, producidos por unas trompas ó especies de bocas metálicas, que estaban colocadas en los pedestales de las estatuas de los dioses, y que los sacerdotes sabían manejar hábil y oportunamente por medio de ocultos y subterráneos tubos.

— ¡ Los dioses aplacan sus iras y los oráculos se disponen á otorgarnos sus vaticinios! — exclamó Laertes.

Después de esta exclamación del gran sacerdote, reprodujéronse aquellos formidables sonidos con mucha más intensidad y violencia; pero esta vez, léjos de producir el religioso terror que infundían de ordinario en aquel pueblo las manifestaciones de los dioses, parecía que más bien excitaban un vivo sentimiento de contrariedad y de desconfianzas. Aquel estrépito y estruendo se aumentaba por grados con los gritos y las aclamaciones de la muchedumbre, cuando de repente, como obedeciendo á una fuerza extraña y prodigiosa, cesó súbitamente, retratándose la consternación y el espanto en los rostros de los sacerdotes.

— ¡ Sólo la presencia de algún sacrílego dentro de este templo puede ser la causa

del repentino silencio de los dioses! — gritó Laertes.

— Dentro del templo, no; buscadle en la plaza del Capitolio — contestó desde entre la muchedumbre una voz, que Laertes reconoció al punto.

Efectivamente; en aquel momento acababa de presentarse Saturnino en la plaza, seguido de dos diáconos. Iba revestido de la túnica ó alba que Valeria y Sidonia le habian preparado, y llevaba en sus manos el báculo que le servia de insignia como pastor de un numeroso rebaño de fieles.

La iniciación ó aviso que habia recibido del cielo daba á su fisonomía, siempre noble y modesta, la serenidad de un santo triunfo, que á los ojos del populacho parecia una insolente arrogancia.

Teniendo en cuenta ciertas consideraciones morales, puede explicarse muy fácilmente que los primeros apóstoles y propagandistas del cristianismo, poseidos de la mejor buena fe, creyeran sinceramente que recibian directamente del cielo anuncios y vaticinios que en realidad no procedian sino de la tierra, por más que quizás fueran así ordenados y dispuestos por la misma divinidad. En las relaciones de la vida privada, y cuando se hallaban en familiar contacto con sus conciudadanos ó discípulos, adquirian noticias y conoci-

miento de todas las cosas y de todos los asuntos vulgares ó extraordinarios que ocurrian en derredor de ellos mismos. Palabras ó conversaciones recogidas acá y allá les advertian respecto á las simpatías ú odios que inspiraban , y más de una vez, queriendo alguno aconsejarles que contrarestasen ó procurasen evitar la cólera de los gentiles y paganos, se les recordaba el ejemplo y fin funesto de los muchos cristianos que habian sucumbido por haberlos desafiado y áun provocado. Despues de esto, cuando dichos apóstoles, preocupado el espíritu con tales avisos, se entregaban en la soledad de sus retiros á la práctica de sus rezos, exaltábanse sus pensamientos por el vértigo de la contemplacion, y en el éxtasis de sus oraciones, creyéndose en contacto con la divinidad, les asaltaba el recuerdo de aquellos mismos avisos, y pretendian, con la mejor buena fe, repetimos, que procedian del cielo ideas ó sentimientos nacidos en sus propias conciencias. Así, pues, cuando Saturnino se presentó en la plaza del Capitolio, creia con la más firme conviccion que se sometia á una prueba solemne, y el valor con que la afrontaba era el más completo testimonio de la fe y del amor que le inspiraba su cristiana religion.

Tan pronto como fué visto por los obre-

ros que estaban situados en las gradas y peristilo del templo de Júpiter, prorumpieron todos á una voz, gritando :

— ¡ Hé ahí al sacrílego !... ¡ Ese es !... ¡ Saturnino es quien provoca y enciende la cólera de los dioses con sus sortilegios y maledicios !

El Obispo cristiano despreció aquellas primeras acusaciones y continuó su camino, entonando en alta voz los salmos y oraciones que hasta entónces habia venido rezando á media voz.

Semejante alarde exasperó al populacho, el cual se precipitó sobre Saturnino, separándole de sus dos diáconos, que huyeron y le abandonaron cobardemente. Aunque no opuso ninguna resistencia, fué grosera y brutalmente empujado hácia el templo pagano, donde le hicieron entrar por la fuerza, y una vez delante de los sacerdotes le dejaron libre, formando la muchedumbre un ancho círculo en actitud de asistir á un tremendo juicio.

El sello majestuoso de la santidad que brillaba en la fisonomía de Saturnino contuvo por un momento á los sacerdotes; pero las miradas de desprecio que éste arrojó sobre ellos y sobre los dioses á quienes ofrecian culto, excitaron sus iras, y dirigiéndose Laertes al Apóstol, le dijo :

— ¿ Es cierto que tus sacrílegas oracio-

nes provocan la cólera de nuestros dioses, haciéndolos insensibles á nuestras plegarias y sacrificios?

— ¿A qué me lo preguntas? — contéstole Saturnino. — ¿Por qué no me castigan esos falsos dioses, de cuya cólera me consideras el causante? ¿Por qué no me ha herido Júpiter con sus rayos? ¡Ah!... Yo los desprecio, y hasta desafío todo su poder infernal.

Al mismo tiempo que así se expresaba, Saturnino hacía con las manos la señal de la cruz, porque no se creía en presencia de ídolos insensibles, puesto que las estatuas de la teogonia olímpica eran consideradas por los primeros cristianos como verdaderas imágenes de demonios que combatían la religion del Crucificado. Semejante creencia ú opinion no tenía nada de extraordinario, si se tiene en cuenta que la supersticion de aquellos tiempos, consagrando altares á divinidades que representaban la cólera, el miedo, la lujuria, la venganza y otras pasiones, rendía culto al espíritu del mal.

Ante aquel signo de la redencion quedó mudo y silencioso aquel populacho, dominado tambien y subyugado por la arrogancia y el valor con que Saturnino habia desafiado el poder de Júpiter. Sólo Laertes, despues de un momento de vacilacion, gritó:

—Ved de qué manera los brujos como este hombre hacen enmudecer á los dioses; pero ese triunfo no es duradero, y ahora mismo hemos de obligarle á que les tribute el debido homenaje.

—¿Y cómo quieres que tribute homenaje á unos dioses que hago enmudecer? Ellos son los que deben humillarse ante mí.

La respuesta de Saturnino, además de la valentía con que fué pronunciada, era de una lógica incontestable para desconcertar á cualquier otro que fuese más hábil que Laertes. Este, pues, no pudo destruir tan poderoso argumento, y nada contestó; pero tomando el cuchillo ensangrentado que estaba sobre el altar, lo presentó á Saturnino, diciéndole:

—Inmola esa res como sacrificio á los dioses, ó en otro caso, teme la cólera de estas divinidades y la nuestra.

—Ya he desafiado ántes la cólera de tus dioses, y ahora desprecio la vuestra—respondió Saturnino, rechazando la cuchilla que Laertes le presentaba.

—¡Hiere al cristiano y que muera ante los dioses!—gritó el pueblo por todas partes.

Laertes, con el cuchillo en la mano y excitado por las imprecaciones de la multitud, se estremecía, considerando la posición en que se encontraba; pero no tenía

valor suficiente para matar á Saturnino, porque semejante asesinato le horrorizaba. Y mientras tanto, no se oían más que estas voces :

— ¡ Hiere!... ¡ hiere!... La sangre de ese hombre será á los ojos de los dioses más agradable que la de mil reses.

Laertes, indeciso y trémulo, no acertaba á decir ni hacer más de lo que ya habia dicho, y volvió á presentar el cuchillo á Saturnino, repitiendo :

— Sacrifica esta víctima en homenaje y holocausto á Júpiter, pues en ello te va la salvacion.

Laertes le dirigió esta especie de consejo, no tanto por salvar á Saturnino, como por salvarse á sí propio; y ciertamente que en aquel momento le hubiera prestado el Obispo cristiano un señalado servicio, si le hubiera librado de la comprometida situacion en que se encontraba. Pero Saturnino rechazó de nuevo el cuchillo con más desprecio y energía que la primera vez, pronunciando algunas palabras, que no fueron oidas á causa de los gritos y vociferaciones de la multitud, en cuya confusion se mezclaban con creciente furor las palabras de muerte y las maldiciones más execrables. Ya empezaban á escucharse tambien algunas amenazas dirigidas contra Laertes, á quien acusaban por su debilidad

ó cobardía, cuando oyóse una voz chillona y penetrante, que salió de detras de una de las columnas del templo, proponiendo una solución que puso término á todas las vacilaciones.

— Trocad los papeles, convirtiendo al sacrificador en víctima y á la víctima en sacrificador: amarrad á Saturnino á la cola de ese toro.

Apénas habian resonado estas palabras, que sacaban de un gran apuro á Laertes, exclamó éste:

— ¡Sigamos ese consejo, que ha sido inspirado por los dioses!

El populacho se precipitó en el acto sobre Saturnino y le derribó en tierra, sin que éste opusiese ninguna resistencia, oyéndosele solamente entonar en voz alta las santas oraciones que ántes habia interrumpido. La muchedumbre y los sacerdotes, ocupados en maniatar á Saturnino, amarrándole á la cola del toro, y en sujetar á este animal, cada vez más enfurecido y espantado con el tumulto y la gritería, no pudieron apereibirse de que huía precipitadamente por una de las puertas laterales del templo el individuo que habia propuesto y aconsejado aquel suplicio, y que no era otro sino el mismo Cilo.

Aunque la preparacion de aquel tormento debió durar pocos instantes, hubo, sin

embargo, tiempo suficiente para que se acobardase y humillara un valor y un espíritu ménos resuelto é inquebrantable que el de Saturnino, cuya firmeza y heroica resignacion no vacilaron ni un momento.

Por el contrario, Laertes, horrorizado con aquellos aprestos, cuya ejecucion le hacia temblar, se aproximó todavia una vez más á Saturnino, exhortándole para que ofreciese sacrificios á Júpiter.

— ¡No! ¡no! ¡ya es tarde! — gritaban por todos los ámbitos del templo.

— ¡Deteneos! — gritó Laertes. — ¡Al fin ha consentido!

— ¡No! ¡no! — repetia el populacho ebrio de furor.

— ¡Deteneos! ¡deteneos! — volvia á gritar Laertes.

Pero, en efecto, era tarde. Uno de los tejedores habia concluido de apretar el último nudo de la cuerda, y gritaba en tono solemne:

— ¡Abrid camino! ¡Plaza al cristiano!

La muchedumbre se apartó á uno y otro lado, y el toro, suelto libremente, se precipitó por la puerta del templo, dando tremendos saltos y bramidos. La cabeza del pobre Saturnino crujió al chocar contra la arista de las primeras gradas del templo, y su muerte y suplicio fué más breve de lo que se prometia aquel sanguinario

populacho. Ningun interes ofreció á éste el espectáculo, porque la res huyó, arastrando sólo un cadáver inerte, y no pudo gozarse ni con los quejidos de la víctima, ni con sus convulsiones, ni con ninguno de los detalles de la atroz y terrible agonía que habia esperado presenciar.

No obstante, algunos malvados corrieron durante algun tiempo persiguiendo al toro en su veloz huida; pero no ofreciéndoles aquel espectáculo ninguno de los atractivos que su ferocidad buscaba, le abandonaron al fin. La res continuó su espantada fuga con desenfrenado furor, hasta que al volver la esquina ó ángulo de una calle enredóse ó sujetóse la cuerda en un monton enorme de piedras y ladrillos, rompiéndose en el acto y quedando allí abandonado el cadáver de Saturnino, sin que nadie estuviera presente ni para levantarle ni para dirigirle insultos.

Casi todo el pueblo habia vuelto á reunirse de nuevo en la misma plaza del Capitolio, y no conceptuando satisfecha la venganza que se habia prometido, bien pronto imaginó y reclamó la única que naturalmente podian apetecer aquellas masas, sedientas de sangre y de exterminio.

Los gritos de *¡ Mueran los cristianos !* empezaron á dejarse oír como el sordo rumor de lejana tormenta, que bien pronto

rugió desencadenadamente con feroz violencia; y ya los más crueles, ó mejor dicho, los más exaltados, se dirigian con actitud amenazadora hácia la iglesia, donde sabian que se hallaban congregados los discípulos de Saturnino, cuando oportunamente vióse asaltada y ocupada la plaza por una legion entera de soldados, que reprimieron el motin, mandando el jefe de ellos que todos los ciudadanos pacíficos se retirasen á sus casas, y previniendo que los que no prestasen obediencia serian perseguidos en el acto y castigados como sediciosos y rebeldes.

El móvil que habia excitado la animosidad de aquel populacho no habia sido más que el resultado de una exaltacion momentánea y pasajera; por cuya razon se contuvo, y aún desapareció ante el primer obstáculo de verdadera resistencia que encontró en su camino, dispersándose en el acto aquellas masas, que huyeron espantadas en todas direcciones.

Otro contraste pudo observarse tambien en aquellos tristes momentos. Los cristianos, noticiosos de todo lo que acababa de suceder, é invitados por algunos magistrados de la ciudad para que se retirasen á sus respectivas moradas, ofrecieron el testimonio de su colectivo dolor con una sentida plegaria que elevaron al cielo, cayen-

do todos de rodillas instintivamente y por un sentimiento unánime; despues que concluyeron aquella breve oracion se pusieron de pié y tomó cada cual el camino de su albergue, marchando con paso lento y con triste recogimiento. Aunque todos conocian el peligro que les amenazaba de encontrarse con los verdugos de Saturnino, y temiesen que éstos cometerian con ellos la repeticion de nuevos actos de violencia, ninguno apresuró su paso ni demostró querer huir el fallo del destino, así el hijo que sostenia al anciano padre, como la madre que llevaba en los brazos á su tierno hijo, y como el jóven que acompañaba á su hermana ó á su prometida.

Estaban los primeros neófitos del cristianismo sostenidos y animados de un valor religioso y de una potentísima fe, que no abandonó á los de Tolosa en aquellos terribles momentos. Así era de ver el curioso espectáculo que en algunas calles ofrecian los perseguidores y los verdugos, huyendo y precipitándose en el interior de sus casas, cuyas puertas se cerraban con estrépito, miéntras que sus perseguidos y sus víctimas caminaban con la gravedad de los justos, dejando abiertas de par en par las puertas de sus moradas, para demostrar así que no se preparaban á ningun acto de defensa.

El lector habrá podido sospechar ya el origen de aquellos socorros, que desgraciadamente llegaron tarde para salvar á Saturnino, aunque á tiempo y muy oportunamente para evitar una degollina y una mortandad, que la embriaguez del matador, tan fácil de excitarse, hubiera convertido en espectáculo sangriento y espantable.

En el momento mismo que Laertes ordenaba que se siguiese el consejo homicida dado en el templo por una voz desconocida, corrió Cilo al palacio del juez ó pretor que gobernaba la colonia y la ciudad de Tolosa, á quien formuló la denuncia de que Laertes habia ordenado la muerte de un ciudadano, sin que éste hubiera sido acusado de ningun crimen que le fuera probado, y sin permitirle tampoco el derecho de la defensa y de la apelacion, para ejercitarlo ante la justicia de los únicos y verdaderos magistrados de la ciudad.

Así es que Laertes, que ya estaba aterrorizado con lo que acababa de pasar, y que ademas habia visto con extrañeza que su nombre no habia sido aclamado por el pueblo, como se lo habia prometido y anunciado Cilo, quedó estupefacto cuando á los pocos momentos vió penetrar en el mismo templo á los lictores del pretor, que le intimaron que se diese preso por orden del tribunal.

Pero cuando Laertes llegó al colmo de la sorpresa fué al oír de qué crimen se le acusaba y al serle presentado su delator, quien declaró en su presencia que formulaba aquella acusacion para vengar la muerte de Saturnino. La limitada inteligencia del gran sacerdote no sabía darse cuenta de lo que pasaba, extraviándose en el laberinto de la horrible trama en que se veía envuelto.

IV.

Hasta el anochecer de aquél infausto dia, la ciudad de Tolosa, aprisionada dentro de su propio terror, presentó el aspecto tético y sombrío que distingue y revela al culpable inmediatamente despues de cometido el crimen. Todos los habitantes permanecieron retirados en sus albergues, sin que se notase por las desiertas y solitarias calles de la poblacion el más pequeño movimiento. Parecia como que esperaban el resultado de los sucesos que habian tenido lugar, y nadie se atrevió á salir de su casa ni á dedicarse á sus habituales trabajos. Perseguidores y perseguidos no se ocupaban más que en meditar sobre la suerte de Saturnino. El dolor y la afliccion de los discípulos de este virtuoso prelado aumentaba y crecia, por efecto de la incertidum-

bre en que se encontraban , ignorando cuál podria ser el paradero del cuerpo del apóstol: el arrepentimiento de los verdugos, por otra parte, aumentaba y crecia tambien, al considerar la injusticia de aquel martirio, cuya inutilidad empezaron desde luego á reconocer.

Sólo se percibia de cuando en cuando por las calles el lúgubre galopar de algun soldado de caballería, portador de alguna órden, y aquel único ruido, por muy lejano que se oyese, sembraba el miedo y el pavor en todos los hogares, porque á cada cual se le figuraba que podia ser la órden de su propia prision.

El terror fué tan grande, que llegó la noche sin que nadie hubiera salido de su casa y sin que los cristianos pensasen siquiera en reunirse para deliberar. Miéntras que los discípulos de Saturnino estuvieron en la iglesia, fortificados los unos con la presencia de los otros, hubieran todos arrostrado cuantos peligros les amenazasen, y hasta hubieran desafiado á la misma muerte. Hasta tal punto se habian considerado estar ante el mismo Dios, con cuya divinidad iban á comunicarse por virtud de la Eucaristía y de las ceremonias de la solemne fiesta que conmemoraban en aquel dia, que el sentimiento exaltado de un religioso deber les habia sobrepuesto á

todos los vanos temores de la tierra, sosteniéndose en ellos este santo valor mientras se vieron frente á frente con el peligro.

Despues que se hubieron separado, y cuando cada cual estuvo retirado á su hogar, fué cuando comenzó á debilitarse poco á poco aquel sentimiento colectivo, en que dominaba el espíritu del cristianismo y de la religion sobre el instinto de la vida y de la propia conservacion, haciendo de ellos ántes cristianos que hombres. En las calles y en la plaza, ante sus perseguidores, los más fuertes habian infundido valor y confianza á los más débiles, sosteniéndoles el ánimo; mas en el seno de las familias y en el apartamiento de sus respectivas moradas, allí fueron los débiles quienes domoñaron la animosidad y el valor de los más fuertes, no venciendo á éstos por la violencia, sino estrechándolos cariñosamente en sus brazos y besando sus manos, ó cayendo de rodillas ante ellos, para rogarles que permaneciesen al lado de la familia. Así triunfaron, por una parte, las atribuladas esposas, las jóvenes y los tiernos hijos, á quienes era forzoso abandonar, cuyos seres amados se interponian para cerrar el camino á los deseos de cumplir un nuevo deber; ó ya fué la desesperacion y el llanto de una madre anciana ó de un

padre enfermo lo que contuvo á otros, dominando en todos los casos el sentimiento del cariño y del parentesco.

Un cruel remordimiento se apoderaba, no obstante, por igual, de todas las conciencias: Saturnino, el virtuoso pastor, habia muerto, ofreciendo su martirio en holocausto á la religion de todos, y no habia habido ninguno que tuviera valor y resolucion bastantes para salvar, ó proteger, al ménos, el cadáver de aquella víctima. Cada cual esperaba, lleno de rubor, que otros, más devotos ó ménos cobardes, cumplirían un deber que lo era de todos.

¿Qué habia sido entre tanto del cadáver de Saturnino? Yacia en el mismo lugar donde, por haberse roto la cuerda del toro, habia quedado abandonado. Ni amigos ni adversarios se habian atrevido á levantarlo. El magistrado que hubiera debido cumplir con aquel deber de su cargo no habia querido hacerlo; porque levantar aquel cadáver, para disponer su inhumacion de una manera decorosa, hubiera sido una demostracion de respeto á los cristianos y una especie de fallo acusador contra el pueblo, á lo cual no se atrevia el tal magistrado; no determinándose tampoco á disponer que fuese arrojado á las gemonías, porque este mandato hubiera significado que se asociaba y se hacía cómplice

en el crimen cometido por el pueblo contra un hombre cuya virtud inspiraba veneracion y respeto aún á aquellos que no profesaban su religion.

El edil que patrullaba por las calles de la ciudad precedido de sus lictores, al pasar cerca de aquel cadáver, apartó de él la vista y apresuró el paso. Creia que los cristianos se apoderarian de aquellos mortales despojos, que debian ser sagrados para ellos, y abandonó á otros el compromiso ó peligro de darle una honrosa sepultura, por no atreverse tampoco á inferir nueva injuria y profanacion sobre los restos ensangrentados de aquel mártir.

El cadáver de Saturnino hubiera sin duda quedado expuesto á los ultrajes de sus verdugos, á pesar de las esperanzas y de los cálculos del edil; porque éste suponía en sus discípulos un valor que aquéllos ciertamente no tenían. Ese valor habia huido del corazón de todos los varones esforzados y de la colectividad de todas las familias, y habia ido á refugiarse bajo el techo humilde de dos virtuosas doncellas, casi abandonadas en el mundo, huérfanas, sin parientes, sin amigos y hasta sin afecciones; porque no puede llamarse afeccion el público interes que inspiran los que practican la virtud, quienes, fuera de sus moradas, aspiran una atmósfera de consi-

deraciones y respetos que regocija el alma y le sirve de estímulo, quedando luego sumidos en la más triste soledad y aislamiento, cuando, traspasado el umbral de sus viviendas y al llegar la hora en que hablan al corazón los dolores ó las alegrías, no tienen con quien consolarse de aquéllos ni á quien hacer partícipes de éstas.

¿Podiera creerse que por ser dos hermanas Sidonia y Valeria representaban la una para la otra esa clase de afecciones tan agradables á nuestra existencia? De ningún modo; pues hay que observar en ciertos casos las extrañas contradicciones del corazón humano. La completa unión de dos existencias por la uniformidad de deseos, por la armonía de opiniones, por la identidad de gustos y por la igualdad de las esperanzas, constituye al fin una sola existencia con el aislamiento de dos personas.

Hé ahí por qué, teniendo Valeria y Sidonia una misma virtud, una misma resignación, un mismo dolor y una misma esperanza, eran una sola alma en dos distintos cuerpos.

Así es que cuando con la identidad de sus pensamientos resolvieron á un punto visitar y reconocer los sitios en que había tenido lugar el martirio de Saturnino, ninguna de ellas se alarmó, ni tuvo miedo, por

los peligros que pudieran amenazar á la hermana, ni la una intentó siquiera contener á la otra; y como quiera que Verónica ya hacía rato que se hubiera retirado á descansar, nadie pudo hacerles observar que ofrecían un heroico y sublime acto de valor y caridad á la consideracion del mundo y al respeto de los siglos venideros. Solas ante Dios y sus conciencias, no teniendo más consejo que el de la inspiracion divina, todo les pareció fácil, y salieron silenciosamente de su modesta casita, marchando sin concertar de palabra ningun proyecto, pero retratándose en los rostros de ambas la tristeza al par que la tranquilidad de una santa resolucion.

A un dia tan funesto habia sucedido una noche plácida y serena, alumbrada por el pálido resplandor de la luna. Era la media noche, y parecia como que hasta la misma naturaleza reposaba dormida por el cansancio de aquel dia de tumulto y de horrores. Todo estaba en calma, y el más absoluto silencio reinaba en la ciudad de Toluca, prestando así mayor misterio á la peregrinacion de las dos jóvenes, que, marchando unidas, se dirigieron hácia la plaza del Capitolio. Juzgando á los demás con el mismo valor y la misma fe que alentaba en sus corazones, creyeron que al llegar á ese lugar encontrarían allí á muchos de sus

hermanos. Mas al observar que no veian á nadie en su camino, empezaron á llenarse de alarma, acusando, no á los cristianos ausentes, sino acusándose á sí mismas por su propia tardanza.

— Llegarémos demasiado tarde — dijo Valeria en voz baja — y no podrémos acompañar los restos del santo mártir, que ha dado hoy su vida por la fe de nuestra religion.

— Tienes razon — respondió Sidonia; — procurémos caminar más aprisa.

Ambas apresuraron su marcha, examinando al paso las puertas de aquellas silenciosas moradas, por delante de las cuales caminaban, y esperando ver salir de ellas alguno que con furtiva y veloz carrera las siguiese y las adelantase. A nadie vieron, nada oian, y las dos jóvenes se miraron la una á la otra medio abochornadas, porque aquellas almas virtuosas que tenian el raro valor de cumplir solas los deberes de todos, creian hacer tan poca cosa, que se avergonzaban de haber podido faltar á tan sagrada obligacion. Bajo estas impresiones de arrepentimiento, de afan y de angustia, llegaron por fin á la plaza del Capitolio.

Las blancas columnas peristílicas de los templos paganos, que rodeaban el Capitolio, se destacaban como una legion de fan-

tasmas ante los ojos de las dos hermanas; pero la plaza estaba desierta y silenciosa como las calles.

Por un momento las dos jóvenes se sintieron sobrecogidas de temor y espanto. El misterio y la soledad de la noche causa pavor é impone miedo áun á los corazones más esforzados y más indiferentes; pero esta vez no debía ejercer por mucho tiempo su influjo sobre el espíritu de aquellas dos vírgenes, que se aprestaban á luchar, si fuera preciso, contra los dioses infernales que habitaban en aquellos templos, y que hasta entóncës aparecían vencedores, si no de la fe, sobre la vida al ménos de su más temible antagonista.

Lo que más contribuyó á sostener el valor de Valeria y de Sidonia fué quizás el arrepentimiento y el pesar que sentían por la falta de que se creían culpables. Las dos hermanas se acusaban de haber llegado tarde para tributar á Saturnino los fúnebres homenajes que juzgaban haberle ya tributado los demas cristianos, y querían remediar en lo posible aquella falta, uniéndose y asociándose á sus hermanos. Así, pues, lo primero que procuraron fué calcular cómo podrian encontrarlos.

Un solo vestigio podia guiarlas por el camino de sus indagaciones, y ese vestigio no podia ser otro sino el rastro de sangre

de la víctima. Ellas sabian que Saturnino, para el triunfo de su santidad, habia salido del templo de Júpiter, y subieron resueltamente por las gradas de aquel templo. Sus cuerpos se estremecieron al pisar aquellos mármoles sacrílegos, pero bien pronto se sintieron fortalecidas por una santa inspiracion y creyeron que Dios no las abandonaria; porque, en efecto, habian visto sobre esos mármoles algunas gotas de aquella sangre preciosa.

El primer cuidado de ambas fué recoger y secar con sus mantos aquella sangre, que no querian dejar expuesta á que se confundiese y mezclase con el polvo y el fango que bien pronto habia de cubrir aquellos lugares. Así continuaron borrando aquel rastro de sangre y recogiendo de trecho en trecho los girones y despojos ensangrentados del horrible suplicio que no habian visto, pero que adivinaban en todos sus detalles, quedando pasmadas de que se les hubiese dejado recolectar tan preciadas reliquias en un campo que juzgaban segado ya por sus hermanos.

Por aquella sangrienta vía, en la cual se detenian con frecuencia para rezar algunas oraciones, y que recorrieron de rodillas casi en toda su extension, llegaron por fin al ángulo de la calle donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Al verle solo, absolutamente solo, y al observar aquel sitio abandonado y desierto, se dirigieron una recíproca mirada con la cual quisieron expresarse su sorpresa y su amargura, pues no se habian imaginado siquiera que los cristianos fueran capaces de una tan grande ingratitud.

— ¡Es decir, que ninguno de sus discípulos ha venido! — exclamó Sidonia.

— ¡Tened piedad de ellos, Dios mio! — añadió Valeria elevando las manos al cielo.

— Quizás la misericordia divina, en su alta sabiduría, considere que no son tan culpables como sospechamos nosotras.

— Sí; pero el fallo de los hombres en la tierra los castigará con el desprecio, y la indignacion de los cristianos de todos los países de la tierra pesará sobre ellos.

— También podrémos evitar nosotras que así sea, hermana mia — dijo Valeria — si Dios nos concede las fuerzas necesarias para retirar de aquí este sagrado cadáver.

— Dices bien; á nosotras nos toca borrar las culpas de nuestros hermanos. ¿Será el Señor quien nos encomienda esta mision?

— No debemos vanagloriarnos de tan santa distincion ántes de haberla merecido. Si por ventura Dios nos hubiera destinado á cumplir con este sagrado deber, será sin duda para demostrar que basta solamente su voluntad para dar fuerza á los débiles.

Bajo la inspiracion de tan modestas y santas intenciones probaron á ver si podian suspender el cadáver y trasportarlo, pero les faltaron fuerzas. Tirando de la cuerda con que estaban amarrados los piés de Saturnino hubieran podido conducirle arrastrando; pero esto, áun ejecutado con el buen deseo de sustraer aquellos restos inanimados á los insultos ó á la profanacion de sus enemigos, les pareció que era tanto como continuar el tremendo sacrilegio cometido contra la persona del pastor.

Para las inteligencias y para los corazones en que domina la fe tienen favorable explicacion todas las cosas que suceden. En aquellas circunstancias el obstáculo que se les presentaba á las dos jóvenes lo consideraron éstas, no como una imposibilidad, sino como un aviso ó revelacion divina; y por consiguiente, por efecto de aquella fe, creyeron que ellas debian poder todo lo que Dios quisiera, y que no pudiendo conducir el cadáver por carecer de fuerzas materiales para ello, era porque Dios no queria que se le trasladase á ningun otro lugar.

—Hermana mia—dijo Valeria—estos sagrados restos deben quedar aquí como testimonio augusto y eterno del santo martirio que aquí mismo se ha cumplido.

—Así debe ser indudablemente la volun-

tad del Señor — contestó Sidonia; — ¿pero deberán quedar expuestos á la lluvia, á la intemperie, á la profanacion de los transeuntes y á la voracidad de algunos perros hambrientos?

— Veamos si podemos abrirle una fosa en este mismo sitio.

— ¿Por qué sepultarle bajo la tierra? ¿No sería mejor elevarle una tumba?

— Ciertamente es Dios quien te ha inspirado semejante idea, y así lo creo. ¡Oh, pídale ahora que nos ilumine y que nos conceda fuerzas para mostrarnos que aprueba nuestra empresa y nos presta su ayuda!

Las dos hermanas cayeron de rodillas, elevando sus oraciones al cielo, y despues de una ferviente y breve plegaria se pusieron de pié. En seguida empezaron á trabajar para formar sobre el cadáver una especie de bóveda, con el monton de piedras y ladrillos donde se habia sujetado y roto la cuerda del suplicio. Tomando con sus delicadas manos ó haciendo supremos esfuerzos para rodar aquellos pesados cantos, fueron sobreponiéndolos y construyeron así un muro todo-alrededor del cadáver y como de dos piés de altura: luégo fueron colocando encima las piedras más largas que habian reservado para el cerramento, cargando sobre ellas muchas otras más pe-

queñas, y á fuerza de fatigas y trabajos lograron cubrir el todo con ladrillos y pedazos de pizarra, no echando de ver que las rendia el cansancio, sino cuando estuvo terminada su obra.

—Ahora— dijo Sidonia — es necesario que nos retiremos de este sitio.

—Sí— contestó Valeria;—pero ántes debemos descansar algunos momentos, para orar en accion de gracias al Señor por el auxilio que nos ha prestado, concediéndonos fuerzas para ejecutar lo que hemos hecho.

Con todos los sentidos puestos en aquella santa y penosa faena, no pudieron notar que un hombre se habia deslizado en la sombra, hácia la esquina opuesta, y que allí, ocultándose entre unos maderos que estaban apilados en el suelo, las habia estado espiondo y observando con su acostumbrada perseverancia.

Tal vez hubieran ellas podido ver aquel hombre cuando concluyeron su trabajo; pero tan pronto como se hubieron sentado al pié del monumento que acababan de construir, las rindió el sueño y se durmieron con las cabezas apoyadas sobre las piedras que protegian el cadáver del santo mártir.

El lector habrá adivinado ya que aquel espía debia ser Cilo, y él era en efecto. Este

ser malvado, previsor y astuto, calculó que habia de encontrar algunos cristianos que intentasen apoderarse del cadáver de Saturnino, y habia acudido, como el cazador que ha dejado puesto el cebo, para sorprenderlos y conocer el número y los nombres de las víctimas que cayesen en la trampa. No pudo ver más que á las dos hermanas, lo cual era bien poca cosa y no le ofrecía grandes lucros; pero tenía ocasion y asunto para formular una nueva delacion, y esto siempre le proporcionaba un placer, fueran más ó ménos las utilidades que le reportase.

Tan pronto como las vió dominadas por el sueño corrió el infame Cilo á la morada del pretor, á quien le denunció todo cuanto habia visto. Aquella autoridad acogió con bastante repugnancia la acusacion; pero no se atrevió á rechazarla ni á desatenderla, porque el servilismo de la ley obligaba á los magistrados á proceder en juicio por virtud de cualquiera delacion, siempre que á uno de esos miserables delatores de profesion se le antojase inventar un crimen ó revelarlo. Así pues, el pretor llamó á sus liectores y se encaminó al sitio donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Cuando el magistrado llegó á dicho sitio encontró ya reunido un número conside-

rable de ciudadanos, que habian ido acudiendo al despuntar el dia y que formaban un círculo compacto al rededor de aquel sagrado monumento. Algunos eran cristianos, y los más de ellos profesaban la religion pagana; pero lo mismo unos que otros permanecian todos inmóviles, guardando un respetuoso silencio al lado de aquella tumba protegida y defendida por el sueño de las dos vírgenes.

Al contemplar el pretor aquel místico y conmovedor espectáculo se detuvo como los demas ciudadanos, guardando como ellos silencio, y desarmado de todo valor para turbar aquel santo sueño. Todos los corazones sentíanse dominados por un profundo sentimiento de admiracion.

Al cabo de un gran rato, cuando ya todo el pueblo de Tolosa habia acudido á aquel lugar, se despertaron las dos hermanas y se pusieron de pié, dirigiendo una mirada sobre la muchedumbre que las contemplaba. No pudiendo ellas explicarse ni la presencia de aquellas gentes, ni el silencio que las rodeaba, se cogieron de las manos, y sin preocuparse ni intimidarse por la suerte que les estuviera reservada, marcharon con la frente erguida y la vista inclinada, tomando el camino de su modesta casita. El pueblo se separó, abriendo calle, para dejarlas pasar; los cristianos se arrodillaron;

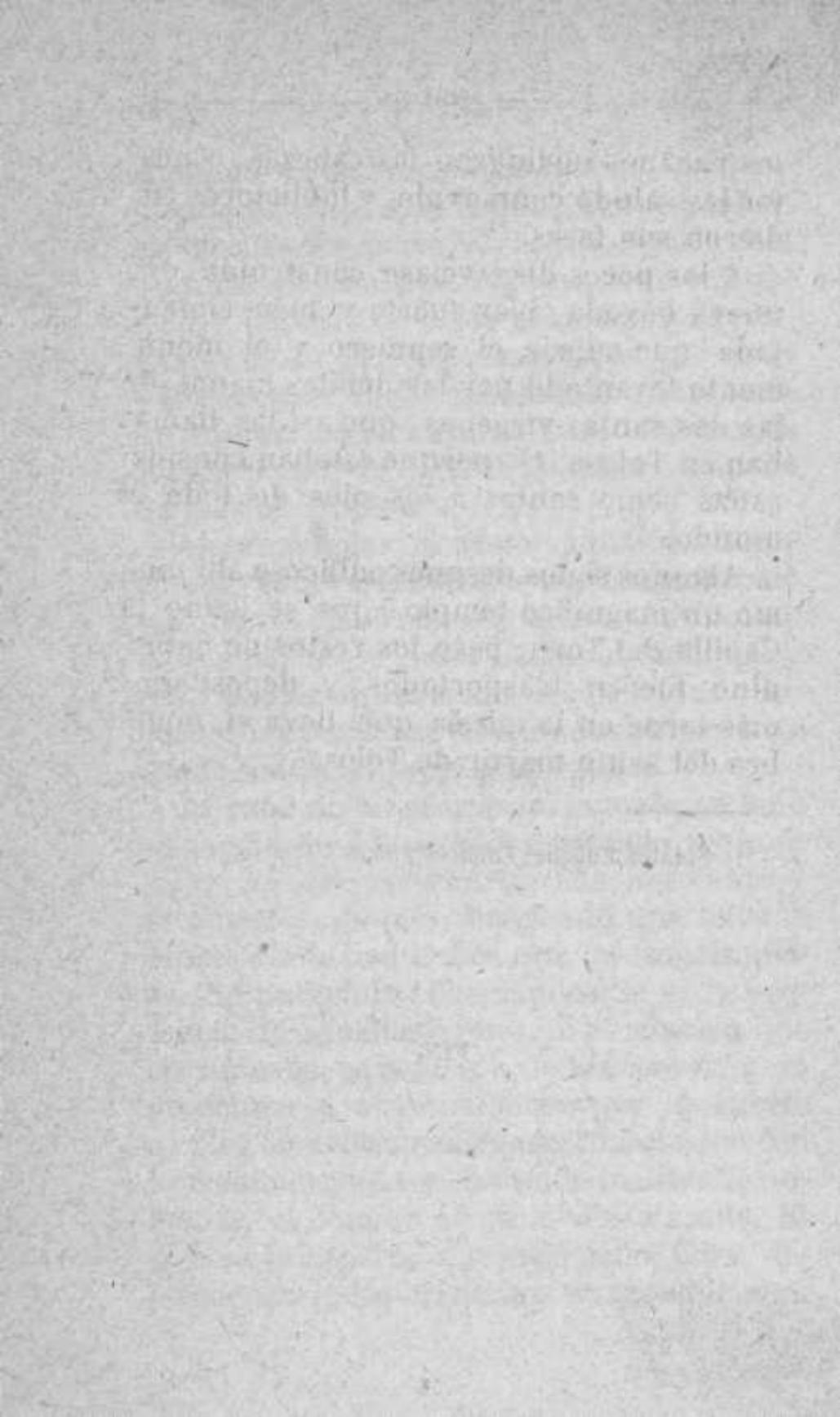
los paganos inclinaron las cabezas; el pretor las saludó conmovido, y los lictores rindieron sus faces.

A los pocos días veíase construida una nueva bóveda, bien fuerte y bien cimentada, que cubría el sepulcro y el monumento levantado por las débiles manos de las dos santas vírgenes, que así las llamaban en Tolosa (1), porque estaban consideradas como santas á los ojos de todo el mundo.

Algunos siglos después edificóse allí mismo un magnífico templo, que se llamó la Capilla del Toro; pero los restos de Saturnino fueron trasportados y depositados más tarde en la iglesia que lleva el nombre del santo mártir de Tolosa.

(1) Saintes Pucelles (*Sanctæ puellæ*).

FIN.



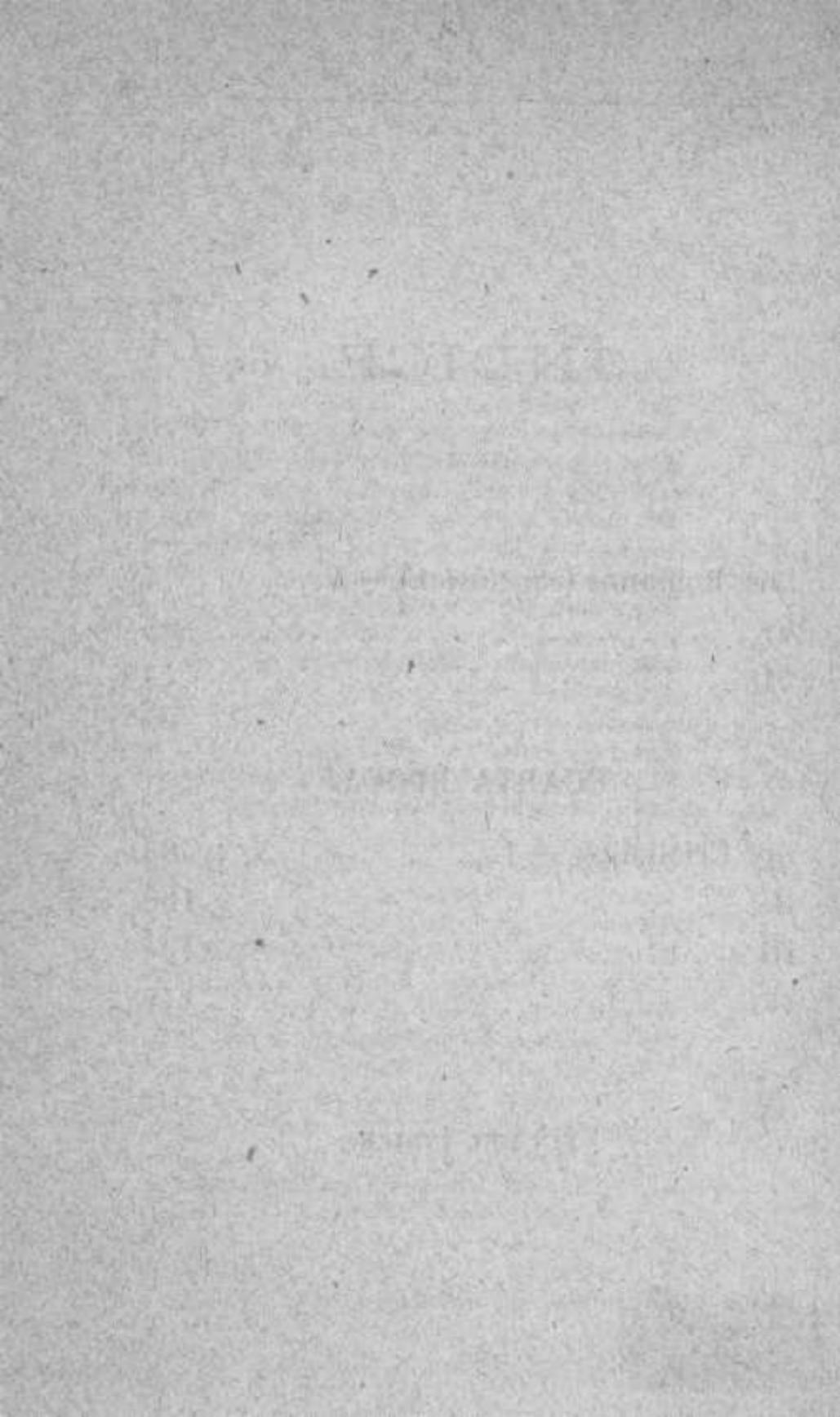
ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Los Romanos (<i>conclusion</i>).— V.	5
VI.	25
VII.	43

CUARTA ÉPOCA.

Los Cristianos.— I.	83
II.	109
III.	134
IV.	149

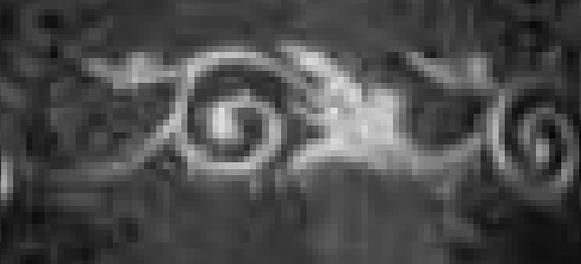
FIN DEL ÍNDICE.







48



BIBLIOTECA

UNIVERSAL

50



SOULIÉ.

LAS
CUATRO
ÉPOCAS



IV

